

Ressenyés
Book Reviews

VIÑAS, Ramon, *La Cueva Pintada. Proceso evolutivo de un centro ceremonial, sierra de San Francisco, Baja California Sur, México*, Monografías del SERP 9, Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques/SERP, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2013, 483 p., 234 figs., 192 fotografías, ISBN: 84-923961-9-9.

Bajo el título *La cueva Pintada. Proceso evolutivo de un centro ceremonial, sierra de San Francisco, Baja California*, el volumen 9 de las Monografías del SERP nos invita a conocer, de la mano del Dr. Ramón Viñas, una fascinante tradición artística precolombina declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1993: el arte rupestre de la sierra de San Francisco.

El trabajo es fruto de la tesis doctoral del Dr. Viñas, que fue dirigida por el Dr. Josep Maria Fullola y defendida en la Universitat de Barcelona el año 2005. A través de sus 483 páginas podemos aproximarnos a una tradición rupestre conocida como Grandes Murales o Gran Mural y vinculada con los grupos de cazadores, recolectores y pescadores que habitaron la Baja California (México) entre el periodo Arcaico temprano (9000 B.P.) y el 1000 B.P. (Viñas y Rosell, 2009: 90).

El complejo rupestre de la Cueva Pintada que protagoniza este volumen destaca por su magnitud, la espectacularidad de sus grandes figuras humanas y animales, la complejidad de sus superposiciones y un depósito arqueológico que ofreció las primeras evidencias fechadas por C14 para establecer la periodización del estilo de los Grandes Murales. No en vano, y como apunta el mismo Viñas, el conjunto es conocido como la «catedral» del estilo Gran Mural de la Baja California (p. 39).

La obra se inicia con una primera aproximación al remoto entorno geográfico que sirve de escenario a este arte rupestre y que, precisamente por su inaccesibilidad, ha favorecido la conservación de este tesoro artístico patrimonio mundial. Tras una minuciosa recopilación de los antecedentes historiográficos referidos al área de estudio y a esta tradición gráfica milenaria, Viñas nos acerca al enclave de la Pintada, integrado por varios abrigos que alcanzan una extensión global de unos 250 m. En él, el autor nos descubre un total de 1121 elementos pintados (que corresponden a 1494 unidades), que decoran paredes, techos y diversos bloques dispersos, cuya documentación y estudio suponen, a nuestro juicio, un verdadero reto, reto que Viñas afronta con éxito gracias a la clasificación sistemática de todas las representaciones conservadas y a una descripción exhaustiva de temas, formas de representación, técnicas, pautas de composición y adición. El esquema de clasificación que presenta es heredero del que propuso hace unas décadas para el arte rupestre pospaleolítico del Mediterráneo ibérico (Viñas, 1988). Y es que, si bien este volumen resulta de una tesis doctoral, no estamos ante el inicio de la carrera investigadora de su autor; Viñas cuenta ya con una larga trayectoria de más de tres décadas en el terreno del arte rupestre. Un bagaje que inicia en nuestras tierras con el estudio del arte levantino de uno de los núcleos más emblemáticos de esta tradición prehistórica: la Valltorta (Castellón) (Viñas, 1982). Este modelo de clasificación, que ahora adapta al arte rupestre mexicano, le facilita la descomposición sistemática de los paneles para identificar tipos y buscar patrones

que le permitan establecer relaciones de composición y adición para reconstruir el proceso de ejecución de este complejo pintado.

La gran singularidad del yacimiento se debe a su buen estado de conservación y a la variabilidad técnica, temática y compositiva. Entre las técnicas describe la presencia de grabados, pinturas y otras evidencias resultantes de la acción humana, como fisuras y fracturas intencionales sobre las pinturas, morteros fijos, etc. Pero lo que de verdad sorprende es la multiplicidad de temas concentrados en un mismo conjunto. Monumentales representaciones humanas masculinas y femeninas en disposición frontal, que rondan o incluso superan los 2 o 2,5 m de longitud, comparten panel con otras evidencias humanas como manos y vulvas. Junto a ellos se encuentra una enorme variedad de especies de fauna terrestre (ciervo, carnero, coyote, puma, rapaces, lagartos, etc.) y marina (raya, tortuga de mar, varias especies de peces o un descomunal león marino de 3,80 m de altura) cuya presencia en un mismo lugar transmite la singularidad del sitio incluso al más profano en la materia. El repertorio iconográfico se completa con un buen número de caracteres geométricos y abstractos, otros elementos que se interpretan como astronómicos, y toda una serie de instrumentos y objetos a los que el autor atribuye un papel ritual. Las numerosas superposiciones de motivos y asociaciones, con un mínimo de ocho fases, le permiten cuestionar interpretaciones previas que sugerían la homogeneidad y corta duración de este estilo artístico, y apuntar «un origen más antiguo de lo que algunos estudiosos han venido planteando», gracias a «fechas directas obtenidas entre las pinturas del Gran Mural y del contexto arqueológico de la zona» (p. 195). A partir de sus investigaciones, Viñas esboza una nueva propuesta que afecta su denominación, su cronología y su secuencia. Pasa a definir el estilo Gran Mural como Arcaico-Gran Mural, retrasando su origen hasta el Arcaico temprano (entre 5500 y 7000 a.C.) y con un desarrollo en cinco fases que prolonga hasta la aparición de una nueva corriente esquemático-abstracta denominada complejo Comondú (siglos vi-x d.C.).

El análisis del conjunto pictórico, en el marco del contexto arqueológico y la información etnográfica y etnohistórica conocida, permite al autor interpretar la Cueva Pintada como un espacio sagrado y ceremonial, un lugar de agregación utilizado para favorecer la cohesión social y la transmisión de creencias y valores culturales. Algunas de las interpretaciones ofrecidas, fundamentalmente en lo relativo al significado de diversos motivos y temas, podrían ser cuestionadas desde la perspectiva que rebate las posibilidades de acceder a la significación de la iconografía de una cultura desaparecida. No obstante, aunque discutibles, esos apuntes resultan cuanto menos sugerentes.

La obra está magníficamente ilustrada con 234 figuras y 192 fotografías a color que permiten al lector admirar la grandeza de este patrimonio mundial y la singularidad de su entorno. Sin embargo, al tratarse de un estudio arqueológico, echamos de menos la incorporación de escalas gráficas en la mayoría de los calcos, lo que permitiría apreciar la magnitud de los motivos sin necesidad de acudir al inventario. Del mismo modo, la explicación detallada del método de documentación gráfica empleado para este conjunto hubiera sido de gran interés para todos los que trabajamos en el registro del arte rupestre, teniendo en cuenta el tamaño tanto de los motivos como del conjunto. Una información

que, no obstante, el lector podrá descubrir entre las páginas del siguiente volumen de las monografías del SERP (Rubio, 2013: 89-90).

Aunque el libro de la Pintada se centra en uno de los cientos de conjuntos conservados en la sierra de San Francisco que sirve a Viñas como eje central de su tesis doctoral, en realidad es producto de una línea de investigación más amplia y de larga trayectoria, que inicia el mismo autor en los años ochenta. Entre los años 1990 y 1992, se suma a estos trabajos un equipo del Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques de la Universitat de Barcelona con el objetivo de avanzar en el conocimiento del poblamiento prehispánico de este territorio y contextualizar así esa tradición artística de los grandes murales. En el marco de este proyecto se combinan excavaciones arqueológicas, dataciones directas de arte rupestre y contexto, y la documentación y estudio sistemático de varios yacimientos de las sierras de San Francisco, Guadalupe y los alrededores del volcán de Las Tres Vírgenes (Fullola *et al.*, 1991, 1993, 1994, por citar algunos ejemplos). Esos trabajos y los más de 30 años transcurridos desde la primera visita de Viñas a la Baja California quedan bien sintetizados en esta obra y permiten al autor ofrecer una visión de conjunto y unas reflexiones teóricas que difícilmente podrían haberse alcanzado exclusivamente en el marco de una tesis doctoral.

Inés Domingo Sanz

Bibliografía

- FULLOLA, J.M., CASTILLO, V. DEL, PETIT, MÀ., RUBIO, A., SARRIÀ, E. y VIÑAS, R., 1991, Avance de los resultados de estudio de los grandes murales de las sierras de Guadalupe y San Francisco y de la campaña de excavaciones en el yacimiento de «La Cueva» (Baja California Sur, México), *Boletín del Consejo de Arqueología*, INAH, México, 114-120.
- FULLOLA, J.M., CASTILLO, V. DEL, PETIT, M., RUBIO, A., SARRIÀ, E., VIÑAS, R., 1993, El proyecto Baja California (México), *Actes du XIIè Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques*, Bratislava, 1-7 septiembere de 1991, ed. Ins. Archéol. de l'Acad. Slovaque des Sciences, Bratislava, vol. 2, 127-132.
- FULLOLA, J. M., CASTILLO, V. DEL, PETIT, M.À. y RUBIO, A., 1994, Premières datations de l'art rupestre de la Basse Californie (Mexique), *INORA (International Newsletter On Rock Art)* 9, 1-4.
- RUBIO, A., 2013, *El yacimiento arqueológico de El Ratón. Una cueva con pinturas en la sierra de San Francisco (Baja California Sur, México). II. El mural pintado*, Monografías del SERP 10, SERP, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- VIÑAS, R., 1982, *La Valltorta. Arte rupestre del Levante español*, Ed. Castell, Barcelona.
- VIÑAS, R., 1988, Programa y codificación de una base de datos para la documentación e investigación del arte postpaleolítico, *Caesaraugusta* 65, 111-142.
- VIÑAS, R. y ROSELL, J., 2009, Las representaciones rupestres de fauna de cueva Pintada: los cérvidos (Sierra de San Francisco, Baja California Sur, México), *Archaeobios* 3 (1): 88-103.

RUBIO, Albert, *El yacimiento arqueológico de El Ratón. Una cueva con pinturas rupestres en la sierra de San Francisco (Baja California Sur, México). II. El mural pintado*, Monografies del SERP 10, Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques/SERP, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2013, 323 p., 229 figs., 53 fotos, 17 tablas, 5 láms., 1 CD, ISBN: 84-923961-80.

El volumen 10 de la serie de Monografías del SERP recoge los resultados de la tesis doctoral del Dr. Albert Rubio, centrada en la documentación y el estudio pormenorizado del arte rupestre de la cueva de El Ratón (Baja California Sur, México). La publicación de esta tesis, dirigida por la Dra. Ma Àngels Petit y defendida en 2012 en la Universitat de Barcelona, permite completar un volumen previo de la misma serie en el que se daban a conocer los resultados de los trabajos arqueológicos llevados a cabo por diversos miembros del SERP en ese mismo yacimiento (Petit y Rubio, 2006). Esos trabajos se desarrollaron entre 1991 y 1992, apenas unos años antes de que el arte rupestre de la sierra de San Francisco fuera incluido en el listado del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Una segunda monografía del SERP, que antecede también a este volumen y que igualmente deriva de una tesis doctoral, nos introduce en el fascinante mundo del arte rupestre de la sierra de San Francisco de la mano de Viñas (2013), a partir del estudio de otro conjunto, el de la Cueva Pintada. Como el lector irá viendo a lo largo de sus 323 páginas, esta tercera monografía sobre el arte rupestre y su contexto en tierras mexicanas, comparte objetivos y escenario con la anterior, de la que es a su vez heredera en cuestiones relativas a métodos de estudio y clasificación. Con ella se completa la contribución de este equipo al conocimiento del arte rupestre de estilo Gran Mural y de algunas fases posteriores, así como del poblamiento prehispánico de aquellos territorios. Todos estos trabajos son fruto del proyecto «Estudio socio-cultural de las comunidades prehispánicas de Baja California (México)», financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y dirigido por el Dr. Josep Maria Fullola, y de una línea de investigación más amplia que abarca el estudio de este arte y de su contexto sociocultural, que arranca a inicios de los años ochenta por iniciativa del Dr. Viñas (2013). A las primeras exploraciones en territorio mexicano de Viñas se suma poco después el mismo Rubio que, de manera altruista y autofinanciando sus primeras visitas, como él mismo nos narra (p. 13), busca saciar su curiosidad por los misterios que custodian las imágenes rupestres legadas por nuestros antepasados prehistóricos. Esa fascinación por el arte prehistórico compartida con Viñas, también le lleva a investigar, en esa misma década, el arte rupestre levantino en territorio peninsular (Rubio y Castillo, 1987; Viñas y Rubio, 1988; Rubio, 1989). Casi tres décadas después de sus primeros trabajos, este volumen demuestra ese largo bagaje en la investigación del arte rupestre, evidente en sus sólidas reflexiones que muestran un buen conocimiento del contexto arqueológico y artístico (sintetizados en los capítulos 3 y 4, respectivamente) y en su modo de aproximarse a este fenómeno pintado atendiendo todos los aspectos que cualquier estudio del arte rupestre en el siglo XXI debería abordar: desde los más clásicos análisis de los temas, la forma y las técnicas de representación, o las pautas de composición y adición para reconstruir secuencias relativas (capítulos

7-11), o la valoración de los datos procedentes del contexto arqueológico, etnográfico y artístico del entorno (capítulos 5 y 12), a la introducción de los avances que nos ofrecen las ciencias (como las dataciones directas y los análisis de pigmentos) y la tecnología (el uso de bases de datos y la introducción de los métodos de calco digital, mediante la utilización de software y plugins de tratamiento de la imagen (Photoshop y DStretch) (capítulo 6).

En esta ocasión, la selección de una cavidad como El Ratón, con un entramado decorativo complejo por su carácter acumulativo (integrada por 194 figuras con una cierta variedad estilística, técnica y temática, y una amplia paleta de colores, que se incorporan al panel en siete fases), resulta de gran interés para avanzar tanto en la comprensión de este fenómeno artístico en particular, como en el análisis y la interpretación del arte rupestre a escala global. Así, por ejemplo, el estudio detallado del panel y la comparación de los resultados con otros tres yacimientos de la zona (La Pintada, El Porcelano y La Serpiente) permiten a Rubio concluir que no todos los yacimientos de la sierra cumplen una misma función y que, como ya avanzara Viñas en su estudio de la Pintada (2013), tanto aquel yacimiento como la cueva de El Ratón podrían ser interpretados como lugares de agregación. A partir de esa comparación, Rubio propone una síntesis de los rasgos que, en su opinión, deberían presentar los yacimientos del área de estudio para ser considerados lugares de agregación (p. 310). Una propuesta que, sin duda, es de gran interés tanto para aquellos que trabajan en la Baja California, como para cualquiera de los que estamos interesados en deducir cuestiones de funcionalidad a partir del estudio del arte rupestre prehistórico.

El cuidado detalle con el que se presenta la metodología de clasificación y documentación es ciertamente destacable, ya que permite al lector evaluar el procedimiento seguido y compararlo con otros métodos y bases de datos. Los interesados en el tema de la documentación digital podrán apreciar sutiles diferencias en el proceso de elaboración del calco, con respecto a otros autores, a pesar de utilizar las mismas herramientas, software y plugin. Así, por ejemplo, utilizando las herramientas de selección de color de Photoshop, Rubio selecciona el pigmento del motivo a documentar, para a continuación rellenar el área seleccionada con el color Pantone que corresponde a la figura para generar un calco de tonalidad homogénea (p. 91). Nosotros en cambio, siguiendo un procedimiento similar, seleccionamos el pigmento de la figura en la fotografía y copiamos esa parte seleccionada en una nueva capa para que los colores del calco sean exactamente los de la figura original, conservando las diversas gamas cromáticas que presenta, producto de la erosión diferencial (véase, por ejemplo, Domingo y López, 2002, o Domingo, 2007). Dos procedimientos con ligeras diferencias, pero igualmente válidos, que nos recuerdan las múltiples maneras de hacer arqueología (o lo que nos gusta denominar las diversas arqueologías del arte) para alcanzar un mismo fin, que no es otro que el de ofrecer una lectura interpretativa del panel para facilitar su estudio y visualización.

También cabe destacar la cuidada parte gráfica que acompaña cada capítulo y que ilustra al detalle cada una de las discusiones planteadas. De especial interés son las imágenes que muestran las superposiciones, y en las que el autor ha ido meticulosamente señalando las áreas a las que hace referencia, ya que permiten al lector comprobar la

veracidad de las interpretaciones que ofrece. Un poco farragosa nos resulta, no obstante, la diferenciación que hace el autor entre figuras y fotografías, ya que la mayoría de las figuras están igualmente compuestas por un collage de fotos, por lo que a nuestro juicio hubiera sido preferible recurrir a una única denominación, «figuras» y, además, ofrecer una numeración correlativa para todo el volumen, en vez de por capítulos. Esta nomenclatura llega a confundir no solo al lector, sino al mismo autor, que en algún capítulo confunde la numeración. Por ejemplo, en el capítulo 1 hay dos «figuras» 4.1 (p. 48 y 54; entendemos que esta última debería ser «fotografía» 4.1) y en el capítulo 2 hay dos fotos 2.3 (p. 18) y ninguna foto 2.4. No obstante, estos pequeños detalles no deberían enmascarar las aportaciones de esta obra, que sin duda será de referencia para todos aquellos interesados en el estudio del arte rupestre de la Baja California y del estilo Gran Mural, así como para los que investigamos el arte rupestre a escala global. Este volumen, junto a la monografía de Viñas (2013), demuestra una vez más que el arte rupestre no es simplemente un tesoro artístico de gran belleza visual, sino que, analizado científicamente, es una evidencia arqueológica más para aproximarnos al entorno, las formas de vida y ocupación del territorio y la simbología de las sociedades pasadas.

Inés Domingo Sanz

Bibliografía

DOMINGO, I. y LÓPEZ, E., 2002, Metodología: el proceso de obtención de calcos o reproducciones, en V. VILLAVERDE y R. MARTÍNEZ (coords.), *La Cova dels Cavalls en el Barranc de la Valltorta*, Monografías del Instituto de Arte Rupestre 1, Instituto Valenciano de Arte Rupestre, Tírig, 75-81.

DOMINGO, I., 2007, Recomendaciones de Inés Domingo para la obtención de calcos o reproducciones digitales de pinturas rupestres, en I. DOMINGO, C. SMITH y H. BURKE, *Manual de campo del arqueólogo*, Ariel, Barcelona, 389-392.

PETIT, M. À. y RUBIO, A. (coords.), 2006, *El yacimiento arqueológico de la cueva de El Ratón. Una cueva con pinturas en la sierra de San Francisco (Baja California Sur, México)*, I. *Las excavaciones*, Monografías del SERP 6, SERP, Universitat de Barcelona, Barcelona.

RUBIO, A., 1989, Figuras humanas flechadas en el arte rupestre postpaleolítico de la provincia de Castellón, *XIX Congreso Nacional de Arqueología, Castellón 1987*, Secretaría General de Congresos Arqueológicos Nacionales, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 439-450.

RUBIO, A. y CASTILLO, V., 1988, Nuevas pinturas rupestres en Olèrdola (Penedès, Barcelona), *Bajo Aragón Prehistoria 7-8 (1986-1987)*, 373-376.

VIÑAS, R., 2013, *La Cueva Pintada. Proceso evolutivo de un centro ceremonial, sierra de San Francisco, Baja California Sur, México*, Monografías del SERP 9, SERP, Universitat de Barcelona, Barcelona.

VIÑAS, R. y RUBIO, A., 1988, Un nuevo ejemplo de figura humana flechada en el conjunto de La Valltorta (Castellón), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense* 13, 83-93.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José M.^a y OZCÁRIZ GIL, Pablo (coords.), *La administración de las provincias en el Imperio Romano*, Editorial Dykinson, Madrid, 2012, 242 p., ISBN: 978-84-9031-612-2.

Obra colectiva que trata diversos aspectos de la administración de las provincias romanas. El contenido de la monografía, formado por capítulos independientes, se organiza en dos ámbitos. Por un lado, diversas contribuciones que, en una perspectiva diacrónica, analizan la génesis y la evolución del sistema provincial entre el siglo III a.C. y la Tetrarquía. Así, el capítulo de A. Díaz Fernández («La creación del sistema provincial romano y su aplicación durante la República», p. 9-48) traza un panorama general de las primeras experiencias de gobierno regular de territorios alejados de Italia, los problemas que ello planteaba (control militar, definición de la figura del gobernador, formas de relación con las comunidades indígenas) y su impacto en el ordenamiento constitucional de la República entre los siglos III y I a.C. En otro capítulo, J.M. Roldán Hervás aborda el significado de la actuación sistematizadora de Augusto en el marco general de su obra política, con particular atención a dos aspectos: el impacto de la implantación de una nueva forma de poder personal sobre el funcionamiento del Imperio y la función de algunos instrumentos clave, como el ejército, el correo y el culto imperial («Augusto y la administración provincial», p. 49-73). Completa esta presentación diacrónica un extenso trabajo de J.M. Blázquez Martínez («Las reformas de Diocleciano», p. 199-242), que ofrece un resumen general de los cambios en la administración provincial y central en los ámbitos civil y militar tras la profunda crisis del siglo III, mostrando la relación de estas reformas con iniciativas en el ámbito fiscal, financiero y monetario.

Un segundo conjunto de capítulos tiene como objetivo el análisis de aspectos específicos de la estructura administrativa romana que permiten entender la naturaleza del sistema imperial y, lo que podríamos denominar, las razones de su éxito. En este apartado hay que distinguir, en primer lugar, algunos estudios trabajos a cuestiones y mecanismos internos de la Administración, con el trabajo de P. Ozcáriz Gil sobre la estructura de personal («El personal administrativo en las provincias durante el Alto Imperio», p. 75-90): gobernador, funciones senatoriales, funciones ecuestres, militares, miembros de la *Domus Caesaris*. Profundizando en su campo de estudio, el autor centra el análisis en la relación entre las competencias del gobernador y el desarrollo de un marco administrativo territorial, los *conventus*. Estos marcos asumieron funciones muy diversas (justicia, fiscalidad, censo, culto imperial), lo que explicaría su existencia en numerosas provincias, frente a lo que se aceptaba tradicionalmente. En este mismo ámbito se incluye una contribución de F. Martín González sobre los diferentes componentes del sistema fiscal; en particular, la creación y evolución de las distintas cajas y tipos de tasación asociados a las nuevas y mayores necesidades financieras que representa el sistema augusteo («La administración fiscal de las provincias», p. 117-132).

Otro conjunto de contribuciones aborda aquellos elementos y «realidades» socio-políticas que, sin formar parte estricta de la organización administrativa, constituyeron

una parte esencial del sistema de gobierno imperial. Uno de los méritos de esta obra es la atención prestada, precisamente, a todos aquellos elementos que, en el ámbito político, social, religioso o cultural, ayudaron a definir un sistema regular de relaciones entre el centro imperial y la periferia en sus diversos niveles y formas institucionales: comunidades cívicas, etnias indígenas, colectivos profesionales y religiosos, sin olvidar la importancia que pudo tener la confluencia de ambiciones e iniciativas individuales (de ciudadanos romanos o *peregrini*), canalizadas de modo muy diverso por los representantes del Estado romano y sus distintas instituciones. Es muy importante, en este sentido, el extenso estudio que J. Andreu Pintado dedica a la ciudad, que es analizada en sus diferentes funciones: en primer lugar, como forma institucional con personalidad jurídica autónoma que gobierna comunidades y territorios y permite al Estado romano utilizar un aparato burocrático reducido, pero también como modelo de vida y escenario que transmite un sistema ideológico (J. Andreu Pintado: «La administración de las ciudades durante el Imperio», p. 133-176). El papel de la ciudad es también el objeto de estudio de un capítulo que analiza los concilios provinciales y la promoción del culto imperial. El autor destaca el carácter integrador de este sistema de asambleas interprovinciales y su variedad de funciones, que iban más allá de la religión (F. Lozano Gómez: «Los concilios ciudadanos y el culto imperial», p. 177-198).

Igualmente interesante es el capítulo de U. Espinosa («Recuerda, Romano, regirás a los pueblos bajo tu mando (Virg. Eneida VI 850-853. Cohesión y gobierno del mundo» p. 91-116). Espinosa ofrece una síntesis general en la que se analizan algunos de los factores que determinaron la organización del poder romano (la extensión geográfica, la diversidad cultural, las tradiciones políticas republicanas, la inexistencia de una burocracia extensa y centralizada) y los instrumentos de ese poder (la ciudad como célula administrativa, el culto imperial y la cultura, la figura del emperador como aglutinador de la lealtad al Imperio y como centro de un gran sistema de comunicación social, política e ideológica) para, finalmente, mostrar la lógica interna del sistema. Esta lógica combinaba los intereses del Estado romano y los deseos de promoción de las aristocracias provinciales en un proceso que no puede definirse como «dirigido» intencionalmente. El autor analiza el conjunto de mecanismos de integración social, política y cultural protagonizados por las élites provinciales, que tienen su centro en la ciudad como forma de organización social y cultural, y la posición de estas mismas élites como modelo de referencia. Estos factores, más que la simple coerción (cuyos instrumentos y potencial también se valoran) aseguraron la cohesión y la estabilidad de una superestructura política excepcional durante siglos; aunque se complementa con el trabajo de J. Andreu, quizás habría sido aconsejable que este capítulo, por su carácter de síntesis, se hubiera situado al inicio del libro.

Se trata, en todos los casos, de trabajos actualizados que proporcionan una síntesis breve, pero ágil y sustancial, de cada una de las cuestiones tratadas; considerados globalmente, estos trabajos ofrecen un estado de la cuestión muy correcto sobre la aparición, los rasgos básicos y la evolución del sistema provincial. La información se complementa con una bibliografía bien seleccionada y actualizada.

En relación con la organización de esta obra, también se pueden indicar ciertas carencias que, sin embargo, no desmerecen el resultado final. Algunas son formales, como la presentación diferente de las contribuciones (algunas, por ejemplo, solo ofrecen una lista bibliográfica final, mientras que otras incluyen referencias bibliográficas dentro del texto, lo que ayuda a la comprensión del estado de la cuestión). En lo que respecta al contenido, habría sido interesante contar con un estudio dedicado específicamente al ejército, elemento fundamental de control por su función coercitiva, pero igualmente dotado de una función vertebradora (en lo político, lo ideológico y lo económico) que es particularmente evidente en aquellos territorios ocupados recientemente y que carecían de una tradición urbana. Igualmente, quizá se habría podido completar esta visión de conjunto con un trabajo dedicado de forma específica a las provincias hispanas, cuya conquista y control plantearon desafíos importantes que repercutieron en el propio estado republicano y cuya evolución posterior resume perfectamente el proceso seguido por el conjunto del Imperio. Esta carencia es tanto más significativa por el hecho de que todos los relatores son españoles y que el contenido de todas las contribuciones alude, de un modo u otro, a la situación de la Península Ibérica.

En cualquier caso se trata de una obra muy útil por la capacidad de sintetizar diversos temas de gran importancia para entender la organización, funcionamiento y repercusión histórica de esa gran construcción político-cultural que es el Imperio romano. Cada uno de los capítulos condensa de modo ágil y claro los aspectos fundamentales del tema escogido, y ello se consigue sin superposiciones o solapamientos entre los distintos capítulos, algo difícil de conseguir en una obra colectiva, lo cual constituye uno de los méritos de los editores, como lo es, igualmente, la selección de los temas tratados. Esta selección no solo ofrece un panorama muy completo de distintos aspectos políticos, sino que permite apreciar las relaciones entre las instituciones políticas, por un lado, y las estructuras y dinámicas sociales, económicas, culturales y religiosas, por otro, mostrando cómo estas relaciones contribuyeron a consolidar el Imperio. Hay que señalar, finalmente, que el contenido y la intención de la obra responden a un planteamiento que no es habitual en la bibliografía sobre Historia Antigua en España. En ella confluyen una serie de contenidos especializados y una visión de conjunto que pueden servir por igual a estudiantes universitarios y a una porción creciente de público instruido que busca contenidos de alta divulgación.

Víctor Revilla

HOLLERAN, Claire, *Shopping in Ancient Rome. The Retail Trade in the Late Republic and the Principate*, Oxford University Press, 304 p., 3 mapas, 23 ilustraciones, Oxford, 2012, ISBN: 9780199698219.

Constitueix el nucli d'aquest volum la tesi doctoral de l'autora, dedicada a la venda al detall a la ciutat de Roma, i que va desenvolupar entre 2001 i 2005. El tema ha estat treballat amb anterioritat a les ja clàssiques obres de L. Friedländer (1862-1871), J. Carcopino (1939) o U.E. Paoli (1942). Totes aquestes obres van tractar, d'una manera o una altra, la qüestió de la distribució i la topografia comercial de Roma, però en cap no s'analitza el petit comerç d'una manera tan global com la proposada per Claire Holleran. Es tracta, sens dubte, d'una proposta nova des del punt de vista historiogràfic, ja que la majoria d'estudis dedicats als intercanvis en el món romà s'han concentrat en les grans transaccions (per la importància econòmica o social o el volum dels productes) deixant en segon lloc el comerç al detall. Fins ara han estat pocs els investigadors que han tingut com a objectiu principal el coneixement de la venda de productes a la seva última fase distributiva i, encara menys, que hagin concretat el seu estudi a la ciutat de Roma durant el final del període republicà i del Principat. La realització d'aquesta investigació es nodreix de fonts literàries clàssiques i de bibliografia moderna, així com de totes aquelles evidències arqueològiques urbanes relacionades amb l'activitat comercial.

El llibre està dividit en sis capítols. El primer serveix com a introducció i se centra en el debat historiogràfic sobre el comerç al detall, a més de fer una breu revisió de les diferents formes d'abastament romà mitjançant un comerç a l'engròs i, sovint, interprovincial. A l'hora de analitzar les relacions economicocomercials a l'antiguitat romana, Holleran se serveix en moltes ocasions de la comparació directa amb les economies de l'Europa occidental des de l'any 1400 al 1899, i utilitza Anglaterra com a paral·lel teòric per a explicar molts dels aspectes de la venda dels productes al detall. Dins d'aquest primer bloc també analitza els problemes que generava un sistema de transports irregular i sense garanties, d'abast mediterrani, enfront la necessitat d'assegurar la contínua arribada de béns. Aquest fet explica, entre d'altres raons, que molts dels productes que arribaven a diari als mercats de Roma fossin originaris de territoris propers. Un darrer apartat d'aquest primer capítol investiga la topografia de la distribució comercial a Roma i com pot haver canviar de segle en segle, tot ressaltant les àrees o vies especialitzades en la venda d'un producte especial, com ara la Piscina Pública o el Viminal, conegudes com zones de venda de carn, o el centre monumental, destinat a albergar comerços de luxe, o carrers que preserven una associació passada amb diferents oficis, com el *Vicus Vitratius*, el *Vicus Unguentarius*, el *Vicus Materiarius*, etc.

El segon capítol aprofundeix en la forma d'obtenció dels diferents productes per a la seva venda posterior i destaca l'entrada de béns mitjançant la utilització del Tíber com a via fluvial i les estructures de descàrrega i emmagatzematge més pròximes (*emporium*, *Porticus Aemilia* i diversos *horrea*), així com les diferents vies terrestres que tindran el seu

punt de connexió comercial a les portes de la ciutat. En aquest context sorprèn la manca de referències a obres que han ajudat a comprendre la topografia comercial i econòmica de la zona (per exemple: A. Aguilera, *El Monte Testaccio y la llanura subaventina. Topografía extra portam Trigeminam*. CSIC, 2002).

L'autora, en analitzar els *horrea*, arriba a la conclusió que la funcionalitat d'aquests edificis varia segons la seva localització. Per tant, un complex com els *Horrea Agrippiana*, situats en la zona monumental de Roma, demostra uns usos totalment desconeguts respecte als *horrea* de l'*Emporium* o de l'àrea Transiberina. Igualment, es fa esment del personal que administra aquests edificis i tots aquells comerciants i artesans que s'hi allotgen. Tanca el capítol amb una breu menció als fòrums de Roma com llocs originaris d'aquest comerç al detall, i destaca el *Forum Holitorium* i el *Forum Boarium* com els més antics de l'*Urbs*.

El tercer capítol explora el rol de les *tabernae* i demostra la seva adaptabilitat com a espais comercials, com es poden reconèixer aquests locals mitjançant una anàlisi arqueològica comparativa i quins són els criteris a seguir. Amb aquest objectiu l'autora estudia la tipologia arquitectònica i arqueològica de les tavernes i estableix una sèrie d'elements comuns per a aquests espais, mitjançant els exemples ja coneguts d'Òstia, Pompeia i Herculà. D'aquesta manera posa en relleu la topografia «tavernària» de Roma. L'autora també estudia els diferents usos que va tenir la taverna com a espai, ja sigui comercial, artesà o residencial, i arriba a la conclusió que la funció d'aquests espais es pot barrejar. A continuació, per tal de demostrar que les *tabernae* estaven integrades dins el sector industrial romà se serveix d'alguns exemples: barberies, centres mèdics i farmacèutics, taverna d'ungüents, locals de confecció i venda de vestits, fleques, carnisseries, botigues de mobles, oficines (públiques o privades) o bars, i diferencia aquests últims entre *caupona*, *popina*, *hospitium*, *stabulum* i *thermopolium*.

Al quart capítol, per a explicar els diferents espais comercials permanents de Roma, ja sigui el *forum*, el *macellum* o el *mercatus*, l'autora se serveix en gran mesura dels treballs ja clàssics de J. Frayn (*Markets and Fairs in Roman Italy*, Oxford, 1993) i C. De Ruyt (*Macellum: marché alimentaire des romains*, Louvain-la-Neuve, 1983), mentre que per a analitzar els mercats o les fires periòdiques (*nundinae*) basa les seves investigacions en l'obra de L. De Ligt (*Fairs and Markets in the Roman Empire; Economic and Social Aspects*, Amsterdam, 1993).

El cinquè capítol posa en relleu la important tasca que va representar la venda ambulante com una part més de l'àmplia xarxa de venda i distribució de béns a Roma, que compara amb la venda ambulante de la ciutat de Londres al s. xx i amb la ciutat de Lagos (Nigèria). A l'inici del capítol, tracta la terminologia emprada en llatí per a descriure aquests comerciants: *ambulator*, *circitor*, *circunforaneus*, *circulator* i, el més comú, l'*institor*. Sens dubte, quantificar aquest comerç resulta del tot impossible, però sí que es pot visualitzar mitjançant la lectura d'autors clàssics com Plaute, Ciceró, Marcial o Juvenal, que alhora mostren un cert rebuig per aquests comerciants. Tot i això, i segons Holleran, aquest comerç seria el resultat del volum creixent de població emigrada a Roma, que, mancada d'un treball més digne, decideix iniciar-se en la venda ambulante.

A l'últim, el sisè capítol analitza les relacions comercials de l'elit romana (calculada en l'1 % del total de la població) i el comerç al detall de Roma, per als quals cal una entrada continuada de productes de luxe. D'aquesta manera s'arriben a conèixer zones especialitzades en la venda d'aquests productes sumptuosos, com ara el centre de la ciutat, els *macella*, la *Saepta Iulia*... L'estudi sobre els diferents mecanismes d'adquisició d'aquests productes es divideix en dues esferes, una de privada i una de pública.

El llibre finalitza amb unes conclusions generals dels punts més significatius, amb un apartat bibliogràfic on es destaquen les obres de més rellevància sobre el tema tractat i un breu índex alfabètic que ajuda el lector a realitzar una ràpida cerca dels continguts desitjats. Una llista dels mapes i figures del llibre, acompanyada d'un llistat de les abreviatures més importants, apareix a l'inici del volum.

Jordi Pérez González

Bibliografia

CARCOPINO, J., 1939, *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire*, Hachette, París.

FRIEDLÄNDER, L., 1862-1871, *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis zum Ausgang der Antonine*, S. Hirzel, Leipzig (nova edició: 1919-1921).

PAOLI, U.E., 1942, *Urbs, aspecti di vita romana antica*, Le Monnier, Florència.

MODÉRAN, Yves, *Les Vandales et l'Empire romain*, (éd. Michel-Yves Perrin), Paris, Errances, 2014, 302 pages, 31 illustrations et cartes, ISBN: 978-2-87772-435-7.

Yves Modéran, professeur d'histoire romaine à l'université de Caen depuis 1998, est décédé le 1^{er} juillet 2010 à Paris, en plein cœur du Quartier latin, alors qu'il était vice-président du jury de l'agrégation d'histoire. Cet ancien élève de Claude Lepelley, professeur à l'université de Paris Ouest Nanterre La Défense, avait soutenu une brillante thèse en 1990 intitulée *De bellis Libycis. Berbères et Byzantins en Afrique au VI^e siècle*, puis son habilitation en 1996, qui portait le titre de *Recherches sur les sociétés africaines à la fin de l'Antiquité (IV^e-VII^e s.)*. En 2003, parut à l'École française de Rome, où il fut membre entre 1988 et 1991, une synthèse monumentale de ses travaux de thèse et d'habilitation sous l'appellation *Les Maures et l'Afrique romaine*, qui conféra immédiatement à cet historien le statut d'éminent spécialiste international de l'histoire africaine.

Sa mort interrompait la rédaction d'un ouvrage qu'il devait achever pendant l'été de cette même année 2010, et qui fait l'objet de la présente recension. Il devait retracer l'histoire des Vandales depuis le début de l'empire romain jusqu'à la chute du royaume vandale en 533. Michel-Yves Perrin, directeur d'Études à l'EPHE, entretenait des liens d'amitié avec Yves Modéran depuis leur séjour à l'École française de Rome. Les proches

d'Yves Modéran — sa femme et sa fille — firent appel à Michel-Yves Perrin, peu de temps après son décès, afin qu'il extrait de ses archives, ce qui pouvait être publié de son projet initial. Dans *l'Avertissement aux lecteurs* (p. 11-12), Michel-Yves Perrin indique qu'il découvrit un projet de livre découpé en deux parties. La première partie était très avancée, composée de six chapitres presque aboutis, mais la seconde partie ne contenait qu'un chapitre incomplet et c'est pour ce motif que Michel-Yves Perrin a joint en annexe, juste après *l'Avertissement aux lecteurs*, un « Projet de plan pour la deuxième partie », afin que le lecteur prenne conscience de la somme initialement prévue par l'auteur. En sus, un appendice consacré aux Rostres vandales a pu être sauvé de l'oubli. L'ouvrage publié est composé de trois parties. La première intitulée « Les Vandales avant l'Afrique. *Ab ultimis terrae finibus gentes* » contient trois chapitres. La deuxième partie est appelée « L'invasion de l'Afrique et la naissance du royaume vandale » et comporte également trois chapitres. Un unique chapitre figure dans la troisième partie qui porte le titre de « La puissance vandale ».

Le chapitre premier de la première partie, « Les siècles obscurs des Vandales », propose une minutieuse enquête pour découvrir l'origine des Vandales (p. 17-41). L'auteur démonte plusieurs lieux communs sur les Vandales et démontre que les Vandales ne sont pas issus de Scandinavie, contrairement à ce qui était généralement avancé, et propose de leur attribuer des origines celtico-germaniques. Il affirme également que sous Tacite, l'expression *Vandale* a perdu de son sens et désigne une peuplade obscure, agrégat de divers peuples germano-celtes qui a éclaté au II^e siècle. Un groupe, porteur de la culture dite « Przeworsk », a conservé le nom de Vandale et s'est étendu dans le Sud de l'Europe, connaissant bientôt une autre scission en deux groupes différents, les Silings et les Hasdings, qui ont l'un et l'autre conservé aussi le nom de Vandale tout en absorbant d'autres peuples, notamment germaniques et celtiques. L'appellation *Vandale* désigne donc des peuplades diverses qui ont connu de nombreuses recompositions. Trois traités furent signés entre Rome et les Vandales. Le premier, en 171, prévoyait une coopération militaire, le deuxième s'accompagnait d'un recrutement de fédérés (270-271) et enfin, le troisième, signé entre 332 et 337, permettait aux Hasdings survivant d'un combat contre les Goths d'obtenir refuge dans l'Empire, puisque Constantin les autorisait à s'installer en Pannonie. Les Vandales entretenaient donc de bonnes relations avec Rome, au moins jusqu'au IV^e siècle, ce qui explique le flou qui entoure cette peuplade. Le deuxième chapitre, « Les Vandales aux portes de l'Empire » (p. 43-62), analyse le processus qui a conduit des groupes amis de Rome à envahir l'Empire au V^e siècle. Les sources sont peu nombreuses à décrire le passage du Rhin par les Vandales et seuls quelques chroniqueurs nous éclairent. Prosper nous apprend qu'en 406 les Alains et les Vandales ont traversé le Rhin et ont envahi la Gaule, ce qui est confirmé par Zosime. Après être revenu sur un conflit historiographique concernant la datation de l'événement, l'auteur propose la fin 405 ou le début 406 et tente d'expliquer la migration de ce groupe. Il propose deux hypothèses, soit une fuite rendue nécessaire par la seconde déferlante hunnique vers 400, soit une famine qui aurait bouleversé la sédentarité des Hasdings, les poussant au Sud des frontières de l'Empire où ils furent bloqués par les hordes goths. Les Hasdings, accompagnés des Alains,

bientôt rejoints par les Silings, modifièrent leur trajectoire et se dirigèrent vers l'ouest, partie de l'empire réputée pour sa prospérité. La coalition affronta un groupe de Francs qui refusait de les laisser franchir le Rhin. Dans le conflit, les Vandales perdirent vingt mille hommes, mais ils passèrent finalement, entraînant un grand pillage. Le chapitre 3, intitulé « La traversée de la Gaule et de l'Espagne » (p. 63-91), s'intéresse à l'arrivée de la coalition en Gaule. En toute hypothèse, les Vandales ont franchi le Rhin en traversant le pont de Mayence, profitant du fait que le Rhin était alors dépourvu des troupes nécessaires pour assurer la sécurité de la région. Après avoir pillé les cités proches de Mayence, les coalisés se sont dirigés vers les plaines du Bassin parisien, où ils ont été confrontés aux troupes de Constantin III, avec lesquels ils ont signé un traité qui leur imposait de rester cantonnés dans le Nord de la Gaule. Mais les Vandales ont très rapidement rompu leur accord et se sont dirigés vers les plaines du Bassin aquitain, où ils se sont dispersés. À partir de la fin de 407 ou au début de 408, le territoire de la Gaule va connaître deux ans de raids et d'occupations successives jusqu'à l'automne 409. En 408, un soulèvement organisé par des notables locaux en Espagne contre l'usurpateur Constantin III conduit ce dernier à faire appel à des Barbares fédérés pour mater la rébellion. Selon toute hypothèse, une armée vandalo-alano-suève a été embauchée pour mater la rébellion, mais cette dernière a été détournée de son objectif premier. Dès lors, les Barbares qui entrent massivement en Espagne ont pour objectif d'y migrer. En 409, ils s'installent en Espagne et en 411, ils procèdent à un partage de la péninsule ibérique, dont la logique demeure source de questionnements. Les Alains obtiennent près de la moitié de la péninsule ibérique — la Lusitanie et la Carthaginoise —, les Vandales silings, la Bétique et les Vandales hasdings et les Suèves, la Galice. La Tarraconaise est absente de la liste. Ce partage ne peut être le fruit d'un tirage au sort et pourrait être proportionnel au poids de chaque peuple dans la coalition. Dès lors, les Vandales tentent de négocier avec le pouvoir impérial pour obtenir la reconnaissance de leur présence, entre 411 et 415 d'abord, puis en 420. Au printemps 416, le roi des Wisigoths, Wallia, se met au service de l'Empire pour libérer l'Hispanie des Vandales, des Alains et des Suèves. Les Goths s'avèrent extrêmement efficaces et écrasent les Silings entre 416 et 418. Seule la Galice n'a pas encore été reconquise. Mais Constantius offre aux Goths un statut de peuple fédéré en échange de la reconnaissance de la souveraineté impériale. Les Vandales hasdings profitèrent du départ des Goths pour s'étendre et en 420, un royaume hasdings se fonde dans le Sud de la péninsule ibérique. D'un point de vue religieux, on sait qu'entre 409 et 422, les Hasdings sont passés d'un paganisme germanique à l'arianisme et se sont probablement convertis sous l'influence des Wisigoths. Lorsque Genséric devint leur roi en 428, il se convertit également à l'arianisme. En mai 429, il fit passer la totalité de son peuple en Afrique.

Le premier chapitre de la deuxième partie — le chapitre 4 — traite donc de « L'invasion de l'Afrique » (p. 95-130). 80 000 Vandales auraient traversé le détroit de Gibraltar, mais aucune source n'indique où ces derniers sont précisément arrivés. Leur arrivée a été rendue possible car l'Afrique a connu une grave crise politique entre 427 et 428. Le comte d'Afrique Boniface était entré en opposition avec Rome et avait besoin de soldats pour

contrer les troupes de Valentinien III. Il se tourna vers l'Espagne et engagea donc des soldats vandales. Au début de l'année 429, Boniface se réconcilia avec Rome et tout rentra dans l'ordre, jusqu'à mai 429, lorsque Genséric arriva en Afrique et rallia à sa cause les Vandales engagés précédemment par Boniface. C'est pour ce motif que Boniface fut accusé de trahison. L'armée d'Afrique, pourtant réputée, fut incapable de faire face, sans doute parce qu'elle avait largement perdu de sa superbe suite à la bataille d'Utriculum en 413, lors de l'expédition d'Héraclien, où elle avait été saignée à blanc. Sans doute les Vandales étaient-ils parfaitement conscients des faiblesses militaires romaines et ce débarquement fut une surprise pour l'Empire. À Ravenne, la cour était certaine de la capacité d'Honorius à affronter les Vandales et c'est pour cette raison qu'aucun corps expéditionnaire ne fut envoyé avant 431. L'événement qui leur fit réaliser qu'il fallait intervenir est sans nul doute le siège d'Hippone, puis sa prise en automne 431. Néanmoins, entre 431 et 435, les Vandales n'ont pas réussi à prendre la Proconsulaire, ni la Byzacène. Aussi ont-ils accepté de signer un accord avec Rome en 435, qui leur faisait des concessions territoriales à Hippone, les autorisant à s'y installer. Mais en 439, Genséric rompit l'accord et se dirigea vers Carthage, afin de prendre la cité, les provinces orientales et surtout, les meilleures terres. Mais contrairement à ce que les sources affirment, les Vandales ne sont pas rentrés à Carthage avec facilité. D'ailleurs, la ville a subi des violences terribles pendant les heures et les jours qui suivirent l'attaque. Genséric avait clairement pour objectif de fonder un royaume vandale. À sa politique territoriale, un critère religieux s'ajoutait puisqu'il commença à convertir de force à l'arianisme. Le chapitre 5 traite du « Premier royaume barbare » (p. 131-153) et explique de quelle façon Rome a perdu sa souveraineté sur l'Afrique. La chute de Carthage a entraîné l'occupation de la Proconsulaire, de la Byzacène et de la Tripolitaine. La perte de l'autorité romaine se mesure aux nombreuses brutalités qu'ont subies les élites romaines. Un accord fut signé en 442 qui octroyait au nouveau territoire vandale un statut de royaume protégé, ami et allié. Il devient clair qu'à partir de 442 et jusqu'à 533, Rome a définitivement renoncé à l'idée d'un *foedus* avec les Vandales, en dépit de quelques rares tentatives de reconquête. En fait, l'accord de 442 camoufle la réalité des pertes et justifie une éventuelle reconquête. L'assassinat de Valentinien III en 455 laisse le champ libre à Genséric qui ne se considère plus lié à Ravenne et ce dernier met Rome à sac dans la foulée. Alors qu'en 442, le partage de l'Afrique prévoyait que Rome récupère les Maurétanies et une partie de la Numidie, les Vandales dirigeaient officiellement la Proconsulaire, la Byzacène, la Tripolitaine et une partie de la Numidie. En 455, Genséric annexe d'autres territoires en Afrique, sans doute bien plus que Christian Courtois ne l'avait estimé. Enfin, en 474, Genséric conclut un traité avec l'empereur Léon qui rend caduque celui de 442 et reconnaît l'indépendance des Vandales. Peu à peu le pouvoir vandale se délite en Afrique. L'Aurès fait sécession en 484. En 533, les Vandales ne dirigent plus que la Proconsulaire, une partie de la Numidie et la majorité de la Byzacène. Le chapitre 6 analyse « L'établissement territorial des Vandales » (p. 155-179) et établit que Genséric, une fois installé en Afrique en 439, a confisqué les terres au profit de son peuple, sans doute parce qu'après une telle expédition il se devait de récompenser ses soldats en leur distribuant des terres. Si les mesures générales

de confiscation n'ont touché que la Proconsulaire de 439 à 523 (à l'exception de l'édit de 484), c'est parce que les familles vandales y étaient établies.

La troisième partie contient un unique et court chapitre, intitulé « Les Vandales et les autres » (p. 183-199). Alors que l'accord de 442 impliquait que Genséric ne devait plus intervenir sur les îles, il lança des raids sur les rivages de l'empire romain d'Orient. Mais l'année 455 change la donne puisqu'avec la mort de Valentinien III, Genséric domine la Méditerranée occidentale et centrale. Quelques raids sont menés entre 456 et 458, mais une expédition romaine en Sicile bloque les ambitions vandales. Majorien envisage alors une reconquête de la Sicile, qui sera un échec complet. Majorien perd de son prestige et un accord est bientôt conclu en 460, mais des raids sont menés par les Vandales entre 461 et 467. En 468, Constantinople vient finalement en aide à l'Occident et Genséric demande alors un traité de paix, peut-être signé en 470. Un accord définitif est validé avec l'empire romain d'Orient en 474, qui sera respecté jusqu'en 533. Des raids continuent en Occident, mais en 477 la piraterie vandale prend définitivement fin avec la mort de Genséric.

Enfin, Yves Modéran revient sur une découverte archéologique faite à Rome, qu'il nomme « Le problème des "Rostres vandales" » (p. 201-204). Découvertes en 1898 près de l'Arc de Septime Sévère dans le prolongement des Rostres impériaux, l'auteur parvient à démontrer qu'ils sont postérieurs à 455. Il ajoute qu'ils ont été pris lors d'une défaite des Vandales vers 467, par l'empereur Anthémius.

D'un point de vue formel, si les notes de bas de page sont — hélas — renvoyées en fin d'ouvrage, elles sont de grande qualité et représentent près d'un tiers de l'ouvrage (p. 205-287). La bibliographie (p. 288-302), qui comporte quinze pages, est composée de deux parties : les *sources littéraires* d'un côté et la *littérature secondaire* de l'autre. Un sommaire apparaît en début d'ouvrage (p. 6-9). L'ouvrage contient une documentation très variée. Le livre ne comporte pas de table des annexes, ce qui est regrettable car il est richement illustré. Si Yves Modéran avait pour projet de publier un *Atlas historique de l'Afrique antique*, le temps lui a manqué pour le réaliser. Les seize cartes qui émaillent le livre proviennent d'autres ouvrages, mais ces cartes avaient initialement été choisies par l'auteur. Elles décrivent des réalités politiques — comme le royaume Vandale en 484 (p. 151) — comme elles peuvent cartographier des descriptions littéraires, ainsi la carte des migrations des Goths selon Jordanès (p. 19). De nombreuses photographies illustrent des informations différentes : des épitaphes (p. 14 et 92), un dépôt funéraire (p. 16), des monnaies (p. 42, 77, 138 et 141), un médaillon (p. 64), un chantier de fouille (p. 121), une mosaïque (p. 132), une tablette (p. 142), un ostracon (p. 170) et des Rostres vandales (p. 200-201 et 204). L'ouvrage est dépourvu d'introduction et de conclusion.

Cet ouvrage est brillant à tout point de vue. Yves Modéran bouleverse avec minutie et intelligence l'historiographie vandale, n'hésitant pas à faire appel à l'ethnogenèse. Ce chef d'œuvre inachevé prouve encore une fois, s'il était nécessaire, que les historiens de Rome ont perdu un grand maître.

Ariane Bodin

RIESS, Frank, *Narbonne and its Territory in Late Antiquity. From the Visigoths to the Arabs*, Ashgate, Farnham-Burlington, 2013, 288 p., 5 fig., 5 maps, ISBN: 978-1-4094-5534-9.

Chercheur honoraire au Birkbeck College de Londres, auteur de publications sur le haut Moyen Âge en France et en Espagne, Frank Reiss livre dans cet ouvrage le résultat de plusieurs années de recherches sur Narbonne et son territoire dans l'Antiquité tardive (du iv^e siècle à la fin du viii^e siècle).

Le format de cette publication (16 × 24 cm), proche du « livre de chevet » est agréable à manipuler et à feuilleter, la présentation en est claire et les notes de bas de page facilitent la lecture. Tout au plus peut-on regretter la rareté des illustrations, car ce thème appellerait peut-être davantage de références visuelles. Mais c'est un détail, car le contenu, très dense, renouvelle le regard sur Narbonne et la *Gallia Narbonensis*, en tant que territoire perçu et vécu à une époque mal connue jusqu'ici, permettant une relecture de l'histoire socio-politique et économique de cette région du iv^e au viii^e siècles. Les cinq cartes, en début d'ouvrage, une bibliographie de 35 pages, ainsi qu'un index, très utiles, font avant tout de ce livre un instrument de référence pour l'étude de cette importante cité, mais pas seulement...

Après une copieuse introduction qui annonce d'emblée les orientations de l'auteur, l'ouvrage est présenté en huit chapitres, qui suivent l'ordre chronologique :

1. Narbonne et le monde romain au iv^e s.
2. Histoire chrétienne et classique de Narbonne
3. Sidoine et la fin de Narbonne romaine
4. Le royaume wisigothique : de Liuva I à Reccarède
5. Le Nord-Est et le territoire de Narbonne
6. Rébellion sur la frontière : le *Regnum Orientalis*
7. Les Arabes et la chute de Narbonne
8. Narbonne : la première et la dernière cité.

La riche introduction de Franck Riess, place Narbonne dans un contexte large : d'abord dans son « intégration à l'empire carolingien », puis dans le « bas-empire romain ». Son territoire y apparaît comme une « frontier », un carrefour d'influences, qui lui a conféré une identité territoriale forte, n'appartenant ni aux uns, ni aux autres, mais qui a su persister et s'adapter. Un des principaux mérites de l'auteur est d'y examiner tour à tour la place (différente) de Narbonne dans trois historiographies nationales : française, espagnole et catalane. Concernant la construction nationale française, l'auteur constate l'absence de Narbonne pour la période wisigothe, et sa réapparition quand ses habitants sont censés participer à la reconquête en 759. Il confronte deux versions de la prise de Narbonne par Pépin, dans les *Annales d'Aniane* et la *Chronique d'Uzès* : le premier récit, où les habitants livrent la Cité à Pépin, intègre cette cité à l'histoire nationale, alors que le second présente Pépin cédant aux Goths le droit de diriger (*dimitterent eos regere*). C'est probablement

l'emprise wisigothique qui a rendu Narbonne si discrète dans l'histoire de France. Pour les historiens espagnols, centrés sur Tolède puis sur la Reconquête, Narbonne a eu une moindre importance, à cause de la chute supposée de l'Etat wisigoth et de Tolède en 711. Cette interprétation a eu un impact sur la représentation de Narbonne dans l'historiographie nationale espagnole. Enfin chez les historiens catalans, Narbonne a une place spéciale dans les origines nationales et elle est liée à la « rencontre entre une *Hispania* devenue islamique et un empire carolingien émergent » : la Catalogne naissante se situe « entre une idée et une expression géographique » : « Such an interpretation starts from the premise that an Old Catalonia lay underneath the Visigothic territory » (p. 10). L'auteur explique aussi de façon très circonstanciée la problématique du nom de *Septimanie* et évalue le rôle de l'évêque Paul dans les constructions historiographiques erronées, décrivant Narbonne comme passant directement de la domination romaine à la domination franque. Il développe l'idée que, même en s'opposant, textes littéraires et recherche archéologique peuvent enrichir la connaissance : « Opposition of these two discourses is enhanced by a contrasting analysis of early medieval Italian cities » (p. 15).

Dans le chapitre 1 (p. 19-43), grâce à son excellente connaissance des sources mais aussi du terrain, F. Riess décrit la région et aborde en toute logique la question du système portuaire de Narbonne, qu'il examine en détail grâce aux textes littéraires. Cet important sujet a été approfondi récemment, notamment pour les variations du cours de l'Aude, par les travaux d'un PCR : « Narbonne : les ports antiques », étayé par les fouilles en cours de Corinne Sánchez (CNRS-UMR 5140) et de son équipe sur les sites de Saint-Martin à Gruissan, de Port-la-Nautique et de Mandirac/Le Castélou, effectuées en partenariat avec le Ministère de la Culture et l'Université de Montpellier III.

F. Riess explique longuement le rapport entre l'histoire de Narbonne et son environnement naturel : suite à de fréquentes inondations le port de Narbonne s'est déplacé à plusieurs reprises (p. 20). Notons qu'aujourd'hui, la ville est à 10 km de la mer. Fondée en 118 av. J.-C, la ville est la première capitale de l'ancienne *Provincia*. L'activité portuaire lui confère un mélange ethnique (Juifs, Grecs...). Elle commerce avec l'Espagne, l'Afrique. Il souligne également qu'elle a été créée à un endroit stratégique — et convoité — au croisement de la *Via Domitia* et de la *Via Aquitania*. La production du sel est attestée mais l'auteur regrette qu'il y ait peu de témoignages (p. 25) et l'on sait qu'elle possédait des fabriques de teinture. Véritable « explication de textes », l'ouvrage examine en détail le vocabulaire utilisé dans les sources antiques. Pour Isidore de Séville, dans ses *Etymologies*, il y avait hiérarchiquement trois communautés : les familles, les cités et les nations. Il faut bien distinguer la *civitas*, création souvent autochtone de la *colonia*, déterminée par de nouveaux arrivants (p. 34).

Cicéron, Pomponius Mela et Pline l'Ancien contribuent à faire comprendre la formation du nom de Narbonne : *Colonia Julia Paterna Claudia Narbo Martius*, fondée par Rome (p. 34). Les sources sont ambiguës : la ville est à la fois admirée et rejetée (p. 36). Le poème d'Ausone situe Narbonne dans une liste d'importantes cités, avant l'arrivée du christianisme, dont cinq sont en Gaule : Trèves, Arles, Narbonne, Toulouse et Bordeaux. Il donne

l'occasion à F. Riess de tenter une approche de Narbonne au IV^e s. Le capitole est décrit comme quelque chose de massif et il n'y est fait mention d'aucune église. On découvre le port et ses activités commerciales avec l'Orient méditerranéen, l'Afrique, l'Espagne, la Sicile (p. 38).

L'auteur va ensuite souligner, dans les chapitres 2 et 3, l'importance de Narbonne, en raison de sa résonance littéraire : Ausone, puis Sidoine Apollinaire, sont à cet égard ses sources majeures.

Contrairement à Eusèbe et Jérôme, la dimension « mondiale » de cette ville au large rayonnement est démontrée par Orose : « Narbonne is most influential, since it places the city in the wider picture of the genre word history ». L'auteur montre qu'elle se trouve alors au centre de l'alliance entre le monde barbare et les Romains (p. 46). Parmi les événements qui marquent cette dimension « internationale », il y a le mariage d'Ataulf et de Galla Placidia qui se déroule *in situ*. Certaines sources chrétiennes, comme Olympiodore, Hydatius et Philostorge, y voient « une fin des temps », Narbonne est « la dernière ville des temps », interprétation qui reflète leur vécu de la crise de l'époque et de la violence des attaques barbares. Hydatius est cependant, selon l'auteur, une excellente source pour comprendre le passage de Narbonne du contrôle de Rome à celui des wisigoths. Il révèle ensuite à une dimension nouvelle du port de Narbonne, point de départ — et de retour ! — des voyages ascétiques en Afrique ou en Orient, apparaissant notamment chez Sulpice Sévère, qui raconte le pèlerinage de Postumianus (vers 400-403). Ces voyages, souvent décidés par certains nobles qui abandonnent leurs richesses, ont pour objectif le « désert » et constituent une initiation dont les trois étapes sont détaillées : la séparation de son état d'origine, l'isolement de la société, le retour dans la société avec un nouveau statut (p. 74-75). D'autres œuvres littéraires évoquent ces voyages, comme le *De redito suo* (417).

Dans ce contexte, il est un personnage que F. Riess ne pouvait pas oublier : l'évêque Rusticus, qui exerce à Narbonne durant un demi-siècle. D'abord moine à Saint-Victor de Marseille, Rusticus rejoint Narbonne en 427. L'auteur livre de façon très complète les informations connues à ce jour sur cet évêque illustre : il évoque son programme monumental à partir de découvertes archéologiques comme l'ancien linteau de la cathédrale, les inscriptions découvertes en 1927 (p. 85), l'autel de Minerve sur lequel il fait part des deux interprétations existantes, sans trancher pour autant (linteau provenant de Narbonne / dédicace originelle à Minerve). Il nous apprend aussi la part que prennent, au retour de leur voyage ascétique, des personnages comme Postumianus dans l'urbanisme narbonnais par le financement de constructions chrétiennes. C'est probablement le cas des basiliques Saint-Félix et du Clos de la Lombarde, dégagées par des fouilles de la seconde moitié du XX^e s.

Au chapitre 3, qu'il intitule « Sidoine et la fin de Narbonne romaine », l'auteur va se pencher particulièrement sur une source à la fois précieuse et détaillée : le *Camēn XXIII* de Sidoine Apollinaire (p. 96-100), panégyrique de Narbonne long de quelques 500 vers, dont il donne le texte et la traduction anglaise des 30 vers les plus évocateurs. On ne peut que s'enthousiasmer avec lui à la lecture de cette description détaillée — *nus videri / muris*,

civibus, ambitu, foro, teatro... Narbonne y est vue comme une ville brillante, à la connotation romaine. Génératrice de vie, la ville a donné naissance à de puissantes familles, elle a un large rayonnement (« word picture of Narbonne », p. 101-103). Il compare ce long texte, qu'il analyse (p. 109) avec celui d'Ausone, qui plaçait 40 ans plus tôt, Narbonne dix-neuvième sur une liste de vingt villes dirigées par Rome.

Il évoque aussi Paul et les origines du christianisme à Narbonne grâce à un texte de référence : le *Peristephanon* de Prudence. Au-delà de l'aspect légendaire du personnage de Paul (sa tombe serait située au croisement des deux voies romaines (p. 117), l'auteur fournit des informations très complètes sur les découvertes archéologiques concernant la topographie chrétienne : il fait le point avec une grande précision sur les nécropoles et les édifices religieux connus pour le ^v^e siècle à Narbonne (p. 117-120), mais aussi les domaines ruraux, comme la *Villa Octaviana* (p. 128-129) et en conclut une souplesse d'adaptation au monde chrétien de cette ville romaine, où « the exchange of ideas, styles and attitudes follow closely absorbed by a population that was probably highly mixed and receptive to new forms » (p. 122). L'auteur nous révèle aussi un point important et méconnu : le lien entre la mission de Paul et celle de Saturnin à Toulouse (p. 123).

Bien évidente au ^v^e siècle, la topographie narbonnaise est largement modifiée à l'époque wisigothique. En effet, le ^{vi}^e siècle, décrit dans le chapitre 4, est un tournant majeur dans ce beau récit chronologique : politiquement, la *Gallia Narbonensis* y occupe une place à part. La notion de province décline tandis que le maillage religieux reste en place (p. 163), ce qui confère aux évêques une puissance croissante, mais Narbonne, centre de pouvoir et de richesses à des origines et un parcours illustre. Cela donne à l'auteur l'occasion d'examiner la question des limites (« frontières ») de son territoire et de leur évolution (p. 131-135). Il examine ensuite ce qu'il nomme « the Great Game », auquel participe Narbonne durant l'« interlude ostrogothique », de 507 à 548. Selon les textes, la période est interprétée différemment, ce qui donne encore une fois à F. Reiss l'occasion de nous montrer à quel point il a fouillé les sources et l'épigraphie.

Mais l'intérêt majeur de ce chapitre réside dans le fait que F. Reiss, évoquant l'élection dans cette ville de Liuva I comme roi en 568, propose une hypothèse intéressante : le royaume wisigothique est alors divisé en deux entités : l'une au nord, gouvernée par Liuva, l'autre au sud, par son frère Léovigild. L'auteur souligne l'importance de Narbonne à cette époque en proposant son élévation comme deuxième « capitale » des rois goths, jouant, du fait de l'absence de ville jusqu'aux Pyrénées, le rôle accru de « frontière » ou territoire-tampon. Ce chapitre est illustré par quelques documents épigraphiques du plus haut intérêt, conservés à Narbonne (p. 155 à 159).

C'est d'autant plus important qu'à la mort de Reccarède, l'état wisigoth entre dans une période d'instabilité (chapitre 5) : le nord et le sud du royaume entrent en conflit. Le nord s'oppose alors à Tolède, mais va lui aussi devenir instable et, s'appuyant à nouveau sur des sources écrites ignorées naguère (*Lettres* de Bulgar, p. 170-171), l'auteur met l'accent sur les relations entre la *Francia* et la région de Narbonne. Le personnage de Fructueux, métropolitain de Braga, lié à une famille de Narbonne et à son évêque Sclua (p.

177) l'intéresse aussi. Au VII^e s. les familles aristocratiques locales romaines et gothiques fusionnent par des mariages. Il en résulte un mélange de traditions. Et Narbonne montre une forte tendance à l'indépendance régionale, biologique, politique, militaire et religieuse (p. 179), s'opposant à tout contrôle extérieur. L'auteur examine enfin, grâce à une riche documentation, le parallèle entre Cordoue, nouvelle capitale, et Narbonne.

Les chapitres 6 et 7 s'attachent à percevoir l'espace territorial entourant Narbonne d'après des textes importants des VII^e et VIII^e siècles, difficiles et méconnus. Après une critique de la *Hitatio regis Wambae*, source qui présente les limites des diocèses, mais qu'il considère — avec raison — comme peu fiable, F. Reiss examine ensuite la structuration militaire de la région (p. 195), et cite notamment les forteresses publiques des Cluses (*Clausurae*), d'Ultrera (*castrum Vulturaria*), fouillé par l'équipe d'André Constant (AMU-LA3M, UMR 7298) et de Collioure dans les Pyrénées, délimitant la frontière sud du *Regnum Orientalis*, et les deux sites de Cabaret (*Caput Arietis castra*) et de Minerve, dans la Montagne Noire, tous deux fouillés par notre équipe (Amicale Laïque de Carcassonne), la délimitant au nord.

Le petit chapitre 7 évoque rapidement la prise et l'occupation Arabe de Narbonne, et sa prise par les Francs à une date assez tardive (759), ce qui lui donne l'occasion d'évoquer cette ville au VIII^e s., période peu étudiée. Frank Reiss revisite les sources franques (Annales d'Aniane) et pose notamment l'intéressante question de la date du sac de cette ville par les arabes (720 ?), alors défendue par Ardo, successeur d'Akhila, et mort dans l'assaut. Cette évocation n'est rendue possible que grâce aux abondantes sources écrites, car l'archéologie est peu proluxe à cet égard. Il tente de clarifier un certain nombre de points restés jusqu'ici obscurs. L'auteur montre le rôle joué par cette ville dans l'expansion carolingienne, mais aussi en tant que province ecclésiastique, qui dépasse alors les limites qu'elle avait à l'époque wisigothique.

Dans le chapitre 8, « Narbonne, the First and Last City », Reiss résume le parcours de Narbonne depuis sa fondation, et conclut cet ensemble d'études très cohérent en citant quelques sources arabes qui permettent d'avoir de Narbonne une vision imagée avec des « navires qui remontent le fleuve, pour arriver jusqu'à la ville même, en passant sous le pont. Ce fleuve est garni d'une jetée et de moulins de construction ancienne et tels qu'on en voit rarement de pareils » (p. 244), soulignant le rôle économique ancien et encore important de la ville.

Cet ouvrage important, très documenté et porteur d'informations et d'hypothèses nouvelles, revisite en profondeur de façon très vivante l'histoire de Narbonne et de son territoire, pendant la période mouvementée qui va du IV^e au VIII^e siècles. Franck Reiss a le mérite de couvrir un large champ d'étude, et il faut souligner l'évidence qui se dégage de ses recherches : Narbonne, aujourd'hui simple sous-préfecture, a été une ville très importante, plusieurs fois capitale, qui a su garder son indépendance et, par son ouverture sur la Méditerranée, générer mixité sociale et développement économique. Il montre aussi Narbonne comme une ville-frontière qui a eu un rôle majeur dans la formation et la défense des territoires compris entre Rhône et Pyrénées. Au-delà des questions conjoncturelles, Franck Reiss mesure l'impact de l'environnement sur l'histoire de cette ville et fait bien

comprende l'importance des questions territoriales et économiques, qui participent d'une histoire globale de la société. On pourrait juste regretter que l'auteur n'ait qu'esquissé les relations avec l'ouest du territoire (Montagne d'Alaric, Carcassonne, Cabaret...). Reste à rapprocher les modalités d'appropriation et d'occupation de l'espace observées, de celles d'autres villes ou régions de la Méditerranée à la même époque. Mais cet ouvrage restera longtemps une référence très fiable pour l'histoire des villes dans l'Antiquité tardive.

Marie-Elise Gardel

FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, Carmelo y BOHIGAS ROLDÁN, Ramón (eds. científicos), *In Durii Regione Romanitas. Estudios sobre la Romanización del Valle del Duero en Homenaje a Javier Cortes Álvarez de Miranda*, Departamento de Cultura de la Diputación de Palencia e Instituto «Sautuola» de Prehistoria y Arqueología de Santander, Palencia-Santander, 2012, 425 p. (incluye *Tabula Gratulatoria*), figs. y fot. b/n, ISSN: 978-84-615-8964-7.

No sería justo empezar a desglosar el contenido de este excelente y nutrido volumen de homenaje, sin antes referirnos al perfecto binomio que formaron Javier Cortes Álvarez de Miranda (Santander, 1929 – Saldaña, 2009) y la villa tardorromana de La Olmeda, situada en tierras de su propiedad, en Pedrosa de la Vega, Palencia. El hallazgo, el 5 de julio de 1968, del mosaico que narra el episodio homérico de Aquiles en *Skyros* fue un hecho trascendental, ya que despertó el interés científico internacional y la admiración popular por la villa, que en pocos años, ya famosa, se convirtió en una de las primeras en exhibir sus mosaicos y estructuras bajo cubierta (1984). No cabe duda de que este descubrimiento marcó un hito en la vida de Javier Cortes, quien se afanó, desde entonces hasta su muerte, en su cuidado y divulgación. Frente a circunstancias adversas tuvo el mérito de impulsar y costear durante años (1969-1980) las excavaciones, así como de defender la conservación y protección *in situ* de los mosaicos, cosa rara en aquella época. En 1980, enfrentado a la realidad de una villa que no cesaba de crecer (unos 4000 m²), la cedió a la Diputación Provincial de Palencia, constituyéndose desde ese momento un Patronato-Fundación que se encarga, entre otros fines, de la gestión y financiación de los trabajos en La Olmeda. Irónicamente, la inauguración de la última instalación, acorde con los criterios más recientes en musealización de yacimientos, sucedía en octubre de 2009, pocos meses después de su muerte.

El volumen comienza con una *presentación*, a cargo de M.A. García Guinea, director del Instituto Sautuola de Prehistoria y Arqueología de Santander, de donde parte la iniciativa y edición del homenaje, quien recuerda agradecido a Cortes junto a sus colaboradores, en la consolidación y conservación *in situ* de los mosaicos y estructuras de la villa de Quintanilla de la Cueva, en el Pago de Tejada, en Palencia.

Sigue un *prólogo*, firmado por los editores científicos, donde se explican los motivos y la gestación del homenaje, con cuatro capítulos que giran en torno a la figura y obra de Javier Cortes y a los temas que él mejor trató, la villa de La Olmeda y la presencia de Roma en Castilla y León. Casi un centenar de autores, entre amigos y conocidos, se dan cita en esta copiosa obra que nos deja descubrir trazos biográficos y profesionales del homenajeado, ahondar aún más, si cabe, en el análisis de la insigne villa y sobre todo discurrir por la rica y dinámica arqueología de la Meseta norte.

El primer capítulo, titulado «El hombre, el arqueólogo y su legado» (J.A. Abásolo y R. Martínez: 17-23), contiene 11 artículos. Se evoca inicialmente la figura de Javier Cortes, como arqueólogo, que aun sin serlo académicamente, ya que era perito agrícola, supo trabajar y esforzarse, metodológicamente, como tal. Baste observar la pulcritud y el rigor de sus dibujos y anotaciones, en los diarios de excavación, o su buen y acrecentado conocimiento de la cerámica romana, en las publicaciones. Hasta 1990, en que se jubila, estuvo presente, junto a su equipo de colaboradores, hombres de campo transformados en competentes excavadores y restauradores, no solo en La Olmeda, sino también en un sinfín de excavaciones realizadas tanto en tierras de Palencia (Quintanilla, Astudillo, Dueñas, etc.) como en las de Burgos y Soria. Diversos premios, medallas y homenajes públicos dejan testimonio de la gratitud y reconocimiento social que mereció por su incesante tarea en pro del patrimonio cultural castellano.

A continuación se hace referencia a la correspondencia y relación mantenida entre Cortes y el profesor Pedro de Palol, quien fue director de las excavaciones de La Olmeda hasta 1990, documentación que obra en el *Institut Català d'Arqueologia Clàssica* de Tarragona (J. López i R. Muñoz: 25-32). Esta correspondencia, que fue gestionada, precisemos, por la esposa de Palol, Mercè Muntanyola, refleja en parte las vicisitudes y problemas de estudio arqueológico, que se originan cuando Palol dejó la Universidad de Valladolid al hacerse cargo de la, entonces, nueva cátedra de Arqueología Cristiana y Medieval en la Universidad de Barcelona (curso 1970-1971).

En las contribuciones siguientes vemos distintas caras del personaje y su apasionada e inseparable relación con La Olmeda, que, aun siendo en su mayor parte recuerdo vivencial o profesional de quienes le estimaron y conocieron bien, se prestan a la metáfora, e incluso a la interpretación literaria, como se lee en «La villa durmiente de Saldaña y el caballero del corazón desprendido y los pies ligeros de Peridis» (J.M. Pérez: 59-65). De todos modos, hay unanimidad en resaltar el carácter sencillo, generoso y la entrega entusiasta a la arqueología y al patrimonio de nuestro homenajeado, de cuyo progenitor se aportan también los trazos biográficos: Ricardo Cortes Villasana, político adscrito al catolicismo social, de quien sin duda heredó discreción y pragmatismo científico (G. León: 43-54). Esta primera parte finaliza con una selección de imágenes que recogen distintos momentos del devenir humano y profesional de J. Cortes.

En el segundo capítulo, por nombre «La Olmeda: El sueño hecho realidad» (p. 79-180), se reúnen 15 artículos a partir de los cuales vemos desfilar, con notable y lógica preferencia, la revisión e interpretación de los mosaicos que dieron fama al yacimiento, especialmente los

figurados que pavimentan el *oecus*, así como algunos vegetales de otros ambientes. Completan este apartado hallazgos cerámicos y metálicos, estructuras subterráneas y el estudio de las necrópolis.

Los retratos de los medallones que cuelgan entre las ánades-delfín del tapiz musivo, en torno al episodio de Aquiles, sirven de base para reflejar, en el contexto del mundo tardoantiguo, la retratística hispana de las más importantes villas del Bajo Imperio (J.M. Blázquez: 79-86) o para proponer nuevas identificaciones. Frente a la usual aceptación de que se trate de los retratos de la familia del propietario (Cortes, 1996; Lancha, 1989, 1997; Palol, 1993; Kiilerich, 2000), J. Arce quiere ver una galería de retratos con la representación de las mujeres de la familia teodosiana, el emperador en cuyo reinado se habría creado la villa, además de interpretar otros como bustos de ciertos emperadores (Nerón, Caracalla...) o seres mitológicos (p. 87-91).

La decoración vegetal y floral que puebla tramas geométricas de algunos pavimentos musivos como el *oecus*, pasillos del peristilo y la zona termal se presta a sugerencias bien lógicas y recurrentes como la representación ajardinada (G. López: 101-107). También los motivos vegetales aparecen en algún pavimento teselado atribuido a la segunda planta (F. Gutiérrez: 109-114). Recordemos que el hallazgo de escaleras y contrafuertes confirmarían su existencia, y que en el piso alto de la torre oriental los restos musivos ofrecían un tema figurado, seguramente báquico (F. Pérez, J. Cortes y J.A. Abásolo).

Se aborda el episodio de Aquiles al abandonar el gineceo de Skyros, con cierto detenimiento, a la luz de nuevos descubrimientos (entre los cuales los dos de Zeugma, Turquía) y estudios musivos incluidos en el *Supplementum* al LIMC. Los 17 ejemplares aquí reunidos enriquecen la visión iconográfica, que ha llevado a nuevas propuestas interpretativas. Si bien se corrobora la popularidad de que gozó este pasaje, entre otros, de la vida de Aquiles, como héroe y modelo de *virtus* a imitar en la Antigüedad, Neira (p. 93-100) enfatiza el carácter de ese abandono, en el contexto musivo del *oecus* de La Olmeda, con la escena de la cacería delante y los retratos de la orla alrededor. Aquiles, cuando decide empuñar las armas, y asumir así su trágico destino, está representando el compromiso que tenían los hombres con el ejército romano y, por ende, con la defensa de la civilización, que Roma personificaba. Enfrentamiento, en suma, entre mundo civilizado y salvaje o acción frente a inhibición y vida apacible.

El huso y la rueca, artefactos exclusivamente femeninos, que aparecen en la escena del gineceo de Skyros, merecen una visión etnológica e iconográfica. Bajo el símbolo persistente de perseverancia y laboriosidad (J.L. Hernando: 115-120) se traza un recorrido a través de la literatura, la arqueología y el arte hasta hacernos llegar a los cafés *Knitting* de Nueva York, donde los hombres hacen, hoy día, ganchillo como terapia frente al estrés.

Solo un artículo, el de Domiciano Ríos, fiel acompañante y colaborador de Cortes en la singladura arqueológica, se refiere a las estructuras de la villa, en este caso unidades estratigráficas negativas, y su relación con el agua (p. 121-126). Son consignados doce «pozos» y una gran zanja en el ala sur, que destruyó pavimento y habitaciones. La reutilización de aquellos como vertederos, propició la conservación de una buena diversidad, entre otros,

de materiales orgánicos. Las estructuras guardan relación con las épocas de apogeo y declive de la villa, y nos permiten conocer tanto el suministro de agua a los baños y ambientes externos, como los problemas de drenaje y reaprovechamiento. El largo canal (34 m) que atraviesa el patio da idea de la acertada planificación hidráulica concebida desde el origen.

Siguen tres aportaciones sobre artefactos cerámicos y metálicos hallados en diversas intervenciones arqueológicas de La Olmeda. En una se valora la decoración faunística, aquí cérvidos, plasmada sobre TSHT (formas 8 y 10 de Palol). En otra se revisa un conjunto de 34 fragmentos de lucerna (datadas entre 320-340 y mediados del s. v), en su mayoría inéditas. Abundan los tipos TSHT 50, propios de la Meseta y valle del Duero, y son meramente testimoniales el norteafricano Hayes IB y Loeschcke VIII. La tercera aportación estudia la metalurgia del hierro de diversos objetos romanos de uso doméstico y agropecuario. Análisis de microscopía óptica y electrónica de barrido, determinan, entre otros episodios productivos, la cementación, recocido de globulización o diferentes tipos de soldadura por forja.

Una parte significativa de este capítulo es la referente a las necrópolis de La Olmeda. De las tres exhumadas, que rodean la residencia, solo la norte ha sido publicada como monografía, mientras que de las otras dos tenemos visiones parciales de sus ajuares y espacio funerario. Irónicamente, en el otoño de 1972, tuve el privilegio de dibujar buena parte de los ricos ajuares de la necrópolis sur, por encargo de P. de Palol, gracias a la hospitalidad que me brindó J. Cortes en su casona de Saldaña, a quien siempre recordaré junto a su tía Lola.

El primer trabajo, sin duda, uno de los de mayor interés del volumen, en cuanto al debate y a la interpretación actual (A. Chavarría: 147-154), va más allá del título acerca de las reflexiones sobre dichos cementerios, que obviamente no son casos aislados. En una primera parte era inevitable preguntarse qué significado tenía esta rica y extensa hacienda (comprende zona residencial y *balneum*, estructuras hidráulicas, rústicas y productivas), así como otras más, repartidas por las provincias de Soria, Palencia, Valladolid, Burgos y Salamanca. Aparte de ser consideradas grandes residencias palatinas, propias de aristócratas provinciales o ligados a la administración del Imperio, actuarían como centros direccionales de grandes propiedades y de acumulación de excedentes agrícolas. En el caso de La Olmeda se trata de explicar no solo cómo funcionaría la propiedad, comprendidas necrópolis (tres) y establecimiento a su alrededor, sino qué sucedió cuando el edificio fue abandonado. Se acepta que la ocupación de la villa y el origen cementerial serían coincidentes en el tiempo, acaso el siglo v, como sugiere Vigil-Escalera (2009), aunque se impone una revisión del material de excavación, porque la datación del abandono es muy difícil de precisar; la publicación de monedas y cerámicas documentan una ocupación, al menos, hasta mediados del siglo v, siglo en que siguen usándose las termas, pero en el que también, en otro momento, se datan derrumbes y expolio de sus materiales. Como dice Chavarría, a pesar de los numerosos estudios, sigue siendo una incógnita qué suerte corrió la hacienda tras el abandono. Acaso fue usada ocasionalmente por campesinos (hay evidencias que demuestran un uso de las estructuras cuando éstas pierden su carácter

residencial), lo hicieron con el consentimiento del propietario del *fundus*, o porque éste ya no existía. La A. no excluye la posibilidad de que la propiedad hubiera pasado al fisco. No está de más recordar la existencia de un cementerio medieval, superpuesto a otra villa altoimperial, del que pocos datos tenemos, que nos hace reflexionar sobre la continuidad del poblamiento en la misma zona y el problema asociado de su evidencia material.

Aunque en otro artículo posterior (p. 155-160) serán tratados específicamente, se aportan los datos sobre la Necrópolis Norte (J.A. Abásolo, J. Cortes y F. Pérez, 1997, «La necrópolis Norte de la Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia)», Palencia). Está compuesta por 111 tumbas, mayoritariamente de inhumación, con solo 8 de incineración, orientadas de oeste a este. Corresponden a fosas simples y a cajas de madera, con depósitos funerarios diversificados según el género, con, entre otros materiales, armas cinegéticas y herramientas en el masculino, y adornos y punzones, en el femenino. La cerámica TSHT (*terra sigillata* hispánica tardía) marca la cronología tardía.

La Necrópolis Sur, que se extiende sobre estratos protohistóricos, está formada por 526 tumbas de inhumación orientadas de O a E, normalmente formando hileras. Son de tipos variados, si bien predominan, nuevamente, las fosas simples con ataúd (421). Un 41 % tenía ajuares, de los que destacan los vasos de TSHT y de vidrio, placas de cinturón tipo Simancas, puntas de lanza, cuentas de collar, etc. Esta necrópolis ha sido fechada entre el último tercio del s. iv y la segunda mitad del s. v. La del noroeste, la tercera, es altoimperial, pero con algunas tumbas de época visigoda.

A tenor del material arqueológico publicado, en especial el de carácter cinegético, agropecuario y doméstico, se puede vislumbrar más bien una población rústica, de cierto nivel, vinculada a la explotación del *fundus* de la villa, sin que se distingan tumbas privilegiadas.

La continuidad en el uso de la necrópolis (s. vi), tras el abandono de la villa, plantea una serie de problemas interpretativos referidos tanto a las propiedades tardoantiguas y a su explotación, como a nuevos tipos de asentamientos (p. ej., *castra*) que surgen en relación con dichas necrópolis y a la estructuración del poblamiento regional. En este contexto cobran sentido las aportaciones de Alfonso Vigil-Escalera (2009) («Apuntes sobre la genealogía política de aldeas y granjas altomedievales», en I. Martín Viso, ed., *Tiempos Oscuros? Territorios y Sociedad en el Centro de la Península Ibérica (siglos VII-X)*), al haber retrasado el inicio de estos cementerios al siglo v, después de analizar la TSHT y cerámica pintada de los ajuares funerarios y reconocer en ellos el primer testimonio «desplegado por comunidades campesinas de rasgos aldeanos». Se refiere a «nuevas formas de articulación política de base campesina tras desaparecer el gobierno imperial». Chavarría es muy crítica respecto a Vigil-Escalera, por haber metido en el mismo grupo de las *Necrópolis del Duero*, que él denomina *postimperiales*, diversidad de cementerios que, aun coincidentes en el tiempo, difieren en el espacio. Para finalizar, la A. considera que para llegar a una clasificación de las necrópolis tardoantiguas y altomedievales de la Meseta se ha de plantear un nuevo tipo de investigación, que comprenda la catalogación exhaustiva de sus datos y la aplicación de las técnicas más avanzadas, extensibles igualmente al análisis parcelario y paleo ambiental.

Completan el estudio de la necrópolis norte otros dos trabajos, donde se abordan el tratamiento espacial y ritual de las tumbas, así como el estudio paleoantropológico. Tomando como punto de partida la monografía ya citada, se analiza la evolución en orientación que siguen las inhumaciones, así como la ubicación de los depósitos funerarios, que acaban por desaparecer a mediados del s. v, sin que se aprecien símbolos cristianos (F.J. Marcos y O.V. Reyes: 155-160). Los restos óseos recuperados estaban muy erosionados; añadamos que también lo estaban los barnices de la TSHT de las tumbas de la Necrópolis Sur, a causa de la acidez del terreno. De los 50 casos evaluados, gracias a la clasificación de epífisis óseas y dientes, el 17 % corresponde a individuos infantiles, en el resto hay un predominio de adultos masculinos de entre 21 y 40 años (F. Etxeberria y L. Herrasti: 161-164).

«La Olmeda, un ejemplo a seguir» (R. García Rozas: 165-172) nos brinda el análisis de la nueva musealización, con sus pros y sus contras, y al tiempo nos hace recordar la historia reciente del yacimiento, desde su descubrimiento hasta la adecuación para su visita pública. Las ruinas romanas se han protegido y preservado con esta última instalación, al tiempo que se ha establecido, según la A., un sabio diálogo entre antigüedad y modernidad, arquitectura y paisaje, sociedad y comunicación. Recordemos que los hallazgos arqueológicos de La Olmeda se exhiben en la cercana Saldaña, dentro de la iglesia de San Pedro, convertida, desde el año 1984, después de ser rehabilitada, en museo monográfico, gracias a la cesión de la diócesis.

En el último trabajo del capítulo II, «La Arqueología: Evolución de una disciplina», que toma como referencia las actuaciones modélicas en La Olmeda, se establece un estado de la cuestión sobre la praxis de la arqueología, desde la gestión a la legislación, con particular acento crítico entre lo que las leyes dictaminan y las sociedades practican (J.M. Iglesias: 173-180).

El capítulo III, «Alto Imperio en la Meseta Norte» (p. 183-318), está formado por 17 artículos de carácter muy diverso, desde las novedades que propician las recientes excavaciones, hasta reflexiones y nuevos puntos de vista sobre materiales o localizaciones ya conocidos, sin que falte ninguna catalogación ni un estudio territorial. En general, predomina el tratamiento de la cultura material, siempre bajo el marco geográfico de la ciudad y provincia de Palencia, que luego se extiende a Tierra de Campos, el valle del Duero y otros lugares de la Meseta.

Los primeros trabajos permiten apreciar la tecnología y *modus operandi* en la confección del famoso broche de oro prerromano zoomorfo de Saldaña, gracias a un manuscrito inédito, rigurosamente ilustrado, del coronel Villegas, que ha permitido elucubrar en torno a la tipología de esta clase de objetos en otros materiales y al carácter mismo del hallazgo (F.J. Pérez, F.J. Abarquero y G. Delibes: 183-191). Siguen los «Bronces zoomorfos en perspectiva cenital de la misma localidad y su entorno» (F. Romero y C. Sanz: 193-200). Así mismo se trata el origen de la daga en el ejército romano, a partir del modelo bidiscooidal hispano (C. Fernández, E. Kavanagh y T. Vega: 201-209) y se estudia la «Circulación monetaria en la Antigüedad en la provincia de Palencia» (M. Gómez: 211-222).

Los orígenes de la antigua *Pallantia* merecen una atenta mirada a raíz de recientes excavaciones arqueológicas en el convento de las Hermanas Nazarenas, que permiten postular una fundación postsertoriana (J. Quintana y S. Extremera: 223-230) o se sopesa la leyenda de San Toribio de Palencia en relación con la gran inundación, bien testimoniada por la arqueología, que sufrió el centro de la ciudad primitiva, en el siglo II d.C. (A. Balado y A.B. Martínez: 231-236). Del nivel de destrucción final (segunda mitad del s. IV) de una *domus* de la antigua Palencia, excavada en 1994, procede una figura broncea de Isis-Fortuna, seguramente de datación altoimperial, que se encuadra en toda clase de paralelos, desde Campania a Dalmacia, para así evocar el culto familiar al que estaban destinadas, habitualmente, este tipo de imágenes (M.C. Lión y M.J. Crespo: 245-252).

Materiales de procedencia palentina, pero de carácter distinto, han sido agrupados aquí, con su tratamiento correspondiente; por un lado, tres capiteles y una basa de columna, que evocan modelos decorativos producidos por el taller de Clunia y, por el otro, una veintena de sellos de cerámica de mesa, en sigillata itálica y sudgálica, importados, con fechas entre el cambio de era y principios de la época flavia (M.A. Gutiérrez y M.V. Romero: 237-244).

Bajo el título «Gladiadores de Palencia» (S.F. Schröder: 253-259), se reúnen nueve representaciones de este motivo, en diversidad de soportes, procedentes de la ciudad y su territorio, que dan cuenta de la popularidad de que gozarían dichos juegos durante el s. I d.C. El objetivo es tratar de identificar cada tipo de gladiador, aquí el *thraex* tracio es el más frecuente, así como interpretar su armamento y el sistema de lucha, según el último estado de la cuestión.

Se dan a conocer, brevemente, los resultados de las intervenciones arqueológicas preventivas y de urgencia que originaron dos grandes obras públicas, las de Frechilla (plan de aportación de recursos hídricos a la cuenca del Carrión, en 1998) y las del Paredón (autovía de Palencia a Santander, 2005) en la provincia de Palencia. La primera, «Yacimiento alto imperial de las Frailas, Frechilla (Palencia)» (A. de la Cruz y M. Franco: 261-266), en la que intervino Javier Cortes junto a Fernando Puertas, aunque destruyó 4000 m², permitió identificar ocho estructuras negativas, la mitad de las cuales mostraba vertidos de coladas de decantación, relacionables con la actividad cerámica, a finales del s. I d.C. La segunda, «Antuedro/El Paredón (Támara de Campos). Un interesante conjunto material vinculado a un asentamiento agropecuario de época romana alto-imperial en la Tierra de Campos Palentina» (J.C. Misiego, G.J. Marcos, F.J. Sanz y M.A. Martín: 267-274), puso al descubierto 11 amplias estructuras negativas, con cronología entre el período calcolítico y el romano. En el interior de las romanas se apreció gran variedad de cerámicas, con predominio de las de tradición indígena frente a la TSH. El yacimiento guarda relación con la cercana villa de El Paredón y con una nutrida serie de grandes núcleos urbanos.

Al debate se presenta «Una nueva lápida vadiniense en la Guzpeña (León)» (J. Celis y L. Grau: 275-280), datada a finales del s. I o ya dentro del s. II, con antropónimos inéditos, como *Garbilo*, que podrían evidenciar la relación de esta *gens* o *civitas* con la de los cántabros *tamaricos*.

Bajo el prisma de la asimilación entre un verraco hispano vetón y una *cupa* romana se ofrece una relación de monumentos funerarios, que van desde el s. II a la Antigüedad Tardía, reaprovechados en muros de límite, edificios y otras ubicaciones, en la zona abulense, especialmente de Solana de Rioalmar («Siste Viator. Verracos, cistas y cupae en caminos romanos abulenses», M. Mariné: 281-288).

Aparte del artículo sobre Isis-Fortuna, dos de las contribuciones finales del capítulo contemplan el mundo religioso. En la primera, «El Santuario del dios Vuronio en Barcina de los Montes (La Bureba, Burgos)» (I. Ruíz, A. Rodríguez y J. Campillo: 289-294), después de ser valorados los escasos restos de epigrafía, numismática y arqueología, se especula en torno a la posible ubicación del santuario de este dios indígena en plena naturaleza, en un lugar de frontera entre la Meseta y las tierras cántabras, y de comunicación entre distintos pueblos prerromanos. La segunda contribución, «Testimonios de la religiosidad romana del Sur del Duero. Época imperial» (V. Cabañero y P. Fernández: 311-318), se nutre de una serie de esculturas que, junto a la epigrafía, permite constatar, en paralelo a los procesos de conquista y municipalización flavia, la escasa, pero sí significativa, aceptación de la religión romana en el ámbito doméstico.

Bajo el explícito título de «Ciudad y territorio: patrones de poblamiento en el valle del Duero burgalés entre la época romana y la alta Edad Media» (A.L. Palomino, I.M. Centeno y J.M. Gonzalo: 295-303) se da a conocer el avance de un prometedor proyecto investigador que ha supuesto evaluar y cartografiar los yacimientos contenidos en el Inventario Arqueológico Provincial de la provincia de Burgos, para poder determinar los modelos y la evolución de los asentamientos desde la romanización al feudalismo (s. I al IX). A partir del bajo imperio el patrón uniforme de ocupación, de 2 a 3 ha, se modifica al surgir otros de mayor extensión y suntuosidad, acaso villas, y el vacío que separaba los territorios de las ciudades de *Rauda* y *Colonia Clunia Sulpicia*, reflejo a su vez del de vacceos y arévacos, empieza a ser ocupado con nuevos establecimientos. Desde la segunda mitad del s. V en adelante el papel vertebrador de las ciudades, así como el sistema de *villae* en que se basaba, respecto al territorio, se desintegra y transforma en la zona interior de la Meseta. Y, a pesar de la monarquía visigoda, el modelo de poblamiento camina hacia procesos de ruralización, con la proliferación de nuevos yacimientos, ciertamente atomizados. Aunque la evolución cronológica no se pueda precisar, de los 186 yacimientos llamados transicionales (mediados del s. V al s. IX), 148 son de nueva fundación (10 altoimperiales y 28 bajoimperiales). El crecimiento se organiza siguiendo modelos ahora bien diferentes, pero similares al de otros puntos bien estudiados de la Meseta, al ocupar, por ejemplo, piedemontes e interfluvios menores, que deben responder, según las pautas de las últimas tendencias interpretativas (Ariño, Brogiolo, Chavarría, Schneider, Wickham, Vigil-Escalera, etc.), a nuevos sistemas de organización social, de marcado carácter aldeano, y a la diversificación productiva.

El capítulo III acaba valorando «La problemática ubicación de la ciudad de Confluentia» (L. Hernández: 305-310). Se propone la zona de Los Mercados, uno de los yacimientos arqueológicos más ricos en secuencia temporal y estructural de la provincia de Segovia (desde la edad del hierro a la época visigoda), por su notable representación en los siglos I y II.

El capítulo IV, «Villas, Poblados y Cementerios: Antigüedad Tardía» (p. 321-425), se compone de 14 artículos, ocho de ellos dedicados a villas de la Meseta. El descubrimiento de Pedrosa, en 1968, marcó un hito en la investigación sobre este tema, con un antes y un después (F. Regueras: 329-336), desde el abandono de estructuras descubiertas durante el s. XIX a intervenciones arqueológicas recientes, de signo contrario. Loable es el ejemplo de Antonio Cuadras, un mecenas anterior a J. Cortes, quien financió la excavación y publicación de las termas de la villa de Dueñas, sita en su propiedad. Podemos observar desde una revisión de las villas sorianas, a raíz de los trabajos de cobertura que han supuesto nuevos hallazgos musivos y funerarios (D. Fernández: 351-358), o un prolijo y detallado análisis tipológico de las romanas en Hispania (T. Mañanes: 397-404), hasta planteamientos precisos sobre los cambios y reformas en la planta de la de Almenara de Adaja, en Valladolid, que se inició con un proyecto fallido (C. García y M. Sánchez: 343-350).

Los mosaicos siguen siendo objeto de atención, ya sea a través de los trabajos de protección que se originaron en la villa de *Possidica* de Dueñas (J.J. Fernández: 321-327) o bien del estudio específico del Meleagro y el jabalí de Calidón, de la villa del Vergel, en San Pedro del Arroyo, Ávila (F.J. Moreda y R. Serrano: 337-342).

No podían faltar sendos artículos dedicados al estudio de las termas de algunas de estas residencias. Se aborda en un primer caso el proyecto de protección y difusión de las de El Alba, Villalazán, Zamora, salvadas de los furtivos (H. Larrén y L. Peláez: 359-364) y, en el segundo, las transformaciones que se sucedieron en el primitivo *balneum* de Carranque, Toledo, para dar paso a estructuras productivas, a finales del s. IV (C. Fernández, V. García-Entero e Y. Peña: 389-396).

Aparte figuran tres contribuciones más referidas a la cerámica tardoantigua: la primera, con nuevos datos y planteamientos cronológicos acerca de las imitaciones de «La sigillata (CIS) en la Meseta Norte, durante el s. V» (L.C. Juan: 365-372), seguida por las *sigillatas* hispánicas tardías de «El Portalón», Cueva Mayor de Atapuerca, Burgos, campañas arqueológicas entre 1973-1983, dirigidas por el profesor Apellániz (M.T. Mínguez y R.M. Lopes: 405-409), y se llega al «Avance sobre las cerámicas del Castellar, Villajimena, Palencia» (R. Bohigas y J. Gutiérrez: 411-420), datadas entre época tardoantigua y alto-medieval. Las visigodas ya fueron publicadas anteriormente (R. Bohigas, 1989). No estará de más evocar, como hacen críticamente los autores, la repercusión que en su momento tuvo la memoria de excavación de este yacimiento para la historiografía medievalista, en relación con la vieja teoría de C. Sánchez Albornoz sobre despoblación y repoblación del Valle del Duero.

Los artefactos de metal también son analizados: «Fíbulas cruciformes en Hispania» (J. Aurecochea: 373-380), a pesar de su rareza hispánica, con cronología entre finales del s. IV y comienzos del V, que se concentran en el norte, en relación con recintos fortificados, y «Dos sepulturas con arreos de caballo del cementerio de Los Pardales, Aguilar de Anguita, Guadalajara» (F. Pérez y M. Barril: 381-388), procedentes de las excavaciones del Marqués de Cerralbo, realizadas en 1915. Los dos ajuares masculinos

sirven de excusa para discutir, nuevamente, en las páginas de este volumen, el marco explicativo de las Necrópolis del Duero ahora llamadas, después del trabajo de Vigil-Escalera, *postimperiales*.

Este último capítulo se cierra con el complejo y dilatado yacimiento de La Aldea, Baltanás, Palencia, del que se valoran los niveles fundacionales tardoantiguos y sobre todo la ocupación medieval, con una iglesia y un cementerio asociado (P.J. Cruz y E. Martín: 421-425).

Después de haber intentado reflejar la esencia de tantas y ricas aportaciones, solo nos cabe, al final, felicitar a los promotores por su iniciativa y, sobre todo, por los logros obtenidos en este sustancioso volumen de homenaje a Javier Cortes, acertadamente amenizado con bellos pasajes de poemas y frases de escritores clásicos y contemporáneos, y desear que la obra se convierta en un buen referente para la investigación nacional e internacional.

Aunque a destiempo, quisiera sumarme al merecido homenaje al buen amigo Javier Cortes, a quien tuve ocasión de conocer y tratar en numerosas ocasiones, ya fuera por nuestra presencia, como colaboradora del profesor Palol, en Pedrosa, bien por la suya en Clunia, al frente de su equipo de restauradores. Javier, siempre estarás ahí, por lo que hiciste, por tu legado de fomentar una arqueología mejor y por haber sido una buena persona.

Rosario Navarro

BERMEJO TIRADO, Jesús, *Arqueología biopolítica: La sintaxis espacial de la arquitectura doméstica romana en la Meseta oriental*, La Ergástula Ediciones, 2014, 198 p., 16 figs., 11 tablas, ISBN: 978-84-941796-6-2.

Como punto de partida de esta reseña debo insistir en el siempre necesario enfoque interdisciplinario acerca del modo en que la arqueología debe abordar sus objetos de estudio. Esa perspectiva a la hora de tratar una determinada problemática histórico-social es la que, sin duda, posibilitará la consecución de un conjunto de soluciones coherentes al problema arqueológico planteado. Es en esa línea donde se enmarca *Arqueología biopolítica*, ya que J. Bermejo establece un tratamiento interdisciplinario no solo en el modo de percibir el objeto de estudio: ciertas prácticas sociales pertenecientes a la esfera de lo privado en el ámbito de la arquitectura doméstica, sino también en conectar cuestiones acerca del uso crítico de un conjunto extenso y variado de fuentes documentales, y cómo aquéllas entran en relación con las evidencias arqueológicas dentro de un contexto histórico y en

unas coordenadas espaciales concretas: la dinámica de la romanización durante el alto imperio en la Meseta nororiental de la Península Ibérica.

En este libro, J. Bermejo aborda una cuestión compleja *per se* (siguiendo un discurso eminentemente foucaultniano): la detección de ciertas relaciones/prácticas de poder ejercidas en las *domus*. Este objeto de estudio es complejo no solo a causa de las posibles formas de preservación y visualización a través del registro arqueológico de todo un extenso conjunto de prácticas sociales propias de la época, sino que, además, el espacio y el tiempo en el que se realiza el estudio es una región que, aun siendo un ejemplo notable de ‘romanización’, es periférica a la Península Itálica y con un fuerte componente cultural acerca de las tradiciones locales. De este modo, la complejidad inherente al analizar la dinámica en las prácticas constructivas marcadas por el «canon imperial», que fue intensamente promovido desde los intereses de la dinastía Julio-Claudia y sustentada a través de la obra de Vitruvio, dista bastante de un estudio de caso referido a ejemplos magistrales sitios en la misma Roma o a los múltiples conjuntos de edificaciones bien conservadas de Pompeya y Herculano. Frente a aquellos «modelos ideales» propios de la *urbs*, o de otros grandes centros, y si nos trasladamos a un paisaje eminentemente rural dentro de una región limítrofe del Imperio, los espacios privados pertenecientes a la oligarquía local vinculada al poder imperial no dejaron atrás ciertas tradiciones locales, tal como muestra el registro arqueológico en términos de confluencia entre la absorción de los estándares romanos y el mantenimiento de determinadas tradiciones indígenas.

Un aspecto a destacar en este libro es la capacidad de su autor de transmitir al lector (neófito) las nociones necesarias acerca de las implicaciones sociales, políticas, económicas y culturales sobre lo que se entendía como ámbito privado en el mundo romano. En la actualidad, y bajo los parámetros de un modelo de sociedad burguesa postindustrial, la diferencia entre conjuntos de actividades/acciones que se llevan a cabo en las esferas de la vida pública y privada es algo muy significativo. Por ello, cuando empleamos el término ‘privado’, lo asociamos —necesariamente— a la noción de hogar, en el cual converge un conjunto extenso de acciones orientadas a la producción, reproducción y mantenimiento de la vida. Así, conceptos como núcleo familiar (progenitores e hijos), socialización, ocio, descanso, seguridad, aislamiento... están en relación directa con la esfera de lo privado y muchos de nosotros gestionamos diferentes grados de intimidad y accesibilidad a este tipo de entorno, que es poco permeable para quienes no guardan una línea directa de consanguinidad o elevada amistad y/o estima. En síntesis y en pocas palabras, en nuestro presente, lo privado se define como algo sistemáticamente divergente de la esfera de lo que se entiende por vida pública. Frente a esta conceptualización, tanto en la República como durante el Imperio, la vida privada era algo bastante distinto. Así, el ámbito de lo privado era el lugar idóneo donde determinadas prácticas sociales de la vida pública de la oligarquía romana cobraban pleno sentido y tenían su razón de ser. Es en este marco donde conceptos como *potestas*, *pater familias*, *dominus*... cobran un valor que no es del todo comprensible desde nuestra experiencia y/o enfoque actual. Lo cual ha condicionado, y sigue

condicionando, nuestra manera de entender la sociedad y la historia de Roma y, por ende, sus contextos arqueológicos.

Todo esto plantea un desafío a la hora de lanzar una investigación acerca de lo que en el libro se caracteriza bajo el concepto de arqueología biopolítica, siguiendo los postulados de Agamben (2003), quien matizó los argumentos de Foucault (1976, 1984) acerca de las múltiples formas de ejercicio, expresión y visualización del poder. Según G. Agamben, la biopolítica no es una forma de poder que se impone en el mundo moderno, sino que es el marco donde se ha comprendido, desde sus orígenes, la política occidental. Así, el ordenamiento jurídico romano fue un intento por/para regular la gestión política de la vida natural. Es en este contexto donde J. Bermejo sustenta lo que para mí es clave en este libro al formular la siguiente cuestión: «¿Es posible registrar la incidencia de estos mecanismos de poder biopolítico en los vestigios materiales del pasado?» (p. 17). Según esa pregunta, el autor define su objeto de estudio: la búsqueda de formas que permitan la realización de un análisis riguroso acerca del impacto de los mecanismos biopolíticos del poder imperial en la arquitectura doméstica de aquella región limítrofe. J. Bermejo propone la aplicación de la metodología conocida como ‘*sintaxis espacial*’¹ sobre un variado conjunto de casos arqueológicos perteneciente a ocho yacimientos de la Meseta oriental: Julióbriga, Uxama, Numancia, Cuevas de Soria, Tiermes, Almenara de Adaja, Castro de la Coronilla y Valeria. Con ello, el autor establece una serie de parámetros e índices cuantitativos que caracterizan determinados aspectos potencialmente relacionados con la biopolítica acerca de la edificación y el posible uso/función del espacio por parte de los residentes de dichas estructuras domésticas.

Arqueología biopolítica se estructura en torno a seis capítulos, más uno final de conclusiones, una secuencia coherente donde se expone, desde diferentes perspectivas, disciplinas y contenidos, el objeto de estudio. La visión crítica acerca de la historiografía clásica sobre cómo era entendida la unidad doméstica en el mundo romano y la conformación del modelo doméstico imperial sustentado desde el programa político de la dinastía Julio-Claudia (capítulos 2 y 3, respectivamente) permiten al lector adquirir una posición global coherente acerca de las implicancias sociales y, en consecuencia, de lo que la biopolítica implica respecto a los programas de edificación en la arquitectura residencial romana.

En el capítulo 4 se enfatizan aspectos del sustrato local meseteño y cómo pudo recibir/adaptarse a las influencias del modelo imperial romano. En el capítulo 5 se expone una serie de consideraciones acerca de cómo la arquitectura doméstica es una fuente válida para la historia social. Por ello, J. Bermejo incide —necesariamente— en el concepto de ‘*semiótica espacial*’, citando múltiples posiciones de otros tantos investigadores acerca de

1. Conjunto de teorías y técnicas para el análisis de configuraciones espaciales. Concebida a finales de la década de los años setenta como herramienta de apoyo a la arquitectura en el análisis de la morfología urbana y útil para la predicción espacial del comportamiento humano. La premisa es que todos los espacios están interconectados y todas las partes están unidas a las demás bajo diferentes tipos de configuraciones, que responden a unas pautas de intencionalidad social (Hillier y Hanson, 1984; Hillier, 1996).

cómo las relaciones de poder se configuran y visualizan en los programas arquitectónicos; utilizando palabras del autor: «una materialización, en términos espaciales, de una teoría social» (p. 85). En el mismo capítulo se exponen las bases de la 'sintaxis espacial', una metodología al uso, tal como ya se ha dicho, que se implementa para el registro y la cuantificación de algunas relaciones espacio-estructurales subyacentes en los conjuntos arquitectónicos domésticos romanos.

El capítulo 6 presenta el análisis sintáctico-espacial; es decir, la relación entre edilicia y posibles formas de conducta doméstica sobre un conjunto de 11 casos arqueológicos: La Llanuca; Los Morrillos/Juliobriga; Los Plintos/Uxama; Vigas Quemadas, Sector Sur Numancia/Numancia; Cuevas de Soria; El Acueducto/Tiermes; Almenara de Adaja, Castro de la Coronilla/Chera; domus de Likine/Camínreal y Los Adobes/Valeria). Con ello, se consigue ir más allá de una mera descripción acerca de una tendencia arquitectónica reflejo de un determinado contexto sociopolítico, ya que mediante el análisis en términos de la sintaxis espacial de cada caso podemos aproximarnos al modo en que sus habitantes utilizaron aquellos equipamientos y a las prácticas sociales (por ejemplo: control, diferenciación, segregación, hegemonía...) que se pueden reconocer en torno a cómo el espacio fue constituido y mantenido. Para ello, J. Bermejo realiza el cálculo de una serie de índices (de escala, de complejidad, de integración) sobre cada caso, que permite hacer una evaluación acerca de la incidencia del sustrato local y la influencia del modelo 'pater familias' en torno a la edilicia doméstica. Con este enfoque epistemológico, a mi modo de entender, se están alcanzando dos importantes hitos. En primer lugar, la elaboración de una serie de consideraciones eminentemente cuantitativas acerca del posible uso/función del espacio construido y, en segundo lugar, la replicabilidad de los análisis por parte de otros investigadores y/o grupos.

El último capítulo de *Arqueología biopolítica* son unas sólidas conclusiones acerca de su objeto de estudio. J. Bermejo es consciente —no solo en este último capítulo, sino a lo largo de todo su trabajo— de las limitaciones inherentes del registro arqueológico y de la 'invisibilidad' de ciertas prácticas sociales que o bien no son reconocibles o apenas dejan huellas materiales. De hecho, no es un límite para la aplicación de programas analíticos de sintaxis espacial en contextos arqueológicos; al contrario, brinda una oportunidad a la hora de analizar determinadas implicaciones sociales en clave espacial, ya que supone una mejora cognitiva acerca de cómo enfrentarnos a determinados problemas. La oportunidad de un análisis sintáctico-espacial sirve para dar respuestas y va más allá: poder ajustar nuestra interpretación acerca de la variabilidad espacial observada y aproximarnos a sus implicaciones sociales.

En conclusión, en este libro se aplica con destreza una rigurosa metodología para abordar determinados problemas que hace unos años ni tan siquiera eran planteados en y desde la arqueología. Sin duda alguna, cabe destacar la cualidad por la cual *Arqueología Biopolítica* es un trabajo que suma, no solo en términos del conocimiento que aporta en sí mismo, sino que, y quizá sea lo más importante, es una propuesta eminentemente abierta que posibilita integrar la sintaxis espacial dentro de los límites inherentes a los contextos

arqueològics, contribuint amb uns resultats quantitius que permeten la refutació de hipòtesis i la articulació d'un discurs interpretatiu acerca de la producció i el ús de espais destinats a la satisfacció de determinades pràctiques socials.

Alfredo Maximiano Castillejo

Bibliografia

- AGAMBEN, G., 2003, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Ed. Pre-textos, Valencia.
- FOUCAULT, M., 1976, *Historie de la sexualité, 1. La volonté de savoir*, Gallimard, París.
- FOUCAULT, M., 1984, *Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México, D.F.
- HILLIER, B. y HANSON J., 1984, *The Social Logic of Space*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HILLIER, B., 1996, *Space is the Machine: A Configurational Theory of Architecture*, University Press, Cambridge

BALLESTÍN, Xavier y PASTOR, Ernesto (eds.), *Lo que vino de Oriente. Horizontes, praxis y dimensión material de los sistemas de dominación fiscal en al-Andalus (ss.VI-IX)*, BAR International Series 2525 (*Limina/Limites Archeologie, Storie, isole e frontiere nel Mediterraneo*, 365-1556, Subseries 3), Oxford, 2013, xiii + 269 p., 66 figs., ISBN: 978 1 4073 1143 2.

La fiscalitat és un dels principals sistemes mitjançant el qual els estats imposen el seu domini sobre els territoris i les societats que els ocupen. Al-Andalus no n'hauria de ser, per tant, una excepció. Tot i això, i malgrat alguns magnífics treballs ja clàssics de Miquel Barceló o de Pedro Chalmeta, aquest volum representa un dels primers reculls amb una clara vocació de tractar de manera exhaustiva la problemàtica de la imposició fiscal durant els primers segles d'al-Andalus. De fet, com indica el mateix títol, no només es tracten qüestions dels límits, tant temporals com geogràfics (*Horizontes*), sinó que s'ha volgut posar especial èmfasi en la manera com aquests sistemes fiscals van ser imposats (*praxis*) i quines són les evidències materials d'aquest procés (*dimensión material*), possiblement l'apartat més innovador d'aquest recull.

El llibre, conseqüència escrita del col·loqui internacional celebrat a Barcelona el novembre de 2010, s'estructura en una sèrie de setze estudis, que engloben des de qüestions de síntesi històrica sobre el procés d'imposició de l'Estat islàmic al llarg del Pròxim Orient i el nord d'Àfrica fins a resultats provinents d'excavacions arqueològiques concretes. En aquest sentit, s'hi observa clarament el propòsit integrador i holístic dels seus editors, Xavier Ballestín (Universitat de Barcelona) i Ernesto Pastor (Euskal Herriko Unibertsitatea). La publicació es completa amb una relació on apareixen indexats tots els conceptes analítics apareguts al llarg de les gairebé tres-centes pàgines, una eina que sens dubte serà de gran utilitat per al lector.

Un cop feta la presentació per part dels editors i a continuació dels resums de tots els articles, Pedro Chalmeta («Derecho y práctica fiscal musulmana: el primer siglo y medio», p. 1-16) inicia el contingut del volum amb un estudi sobre la primera fiscalitat islàmica i la problemàtica de la seva implantació en el primer segle i mig de vida de l'Imperi omeia. Destaquen aportacions especialment rellevants, com que els impostos sobre la ramaderia, que inicialment haurien representat el principal ingrés estatal, van esdevenir ràpidament testimonials en favor dels gravàmens sobre els productes agrícoles, fenomen que s'hauria accentuat arran de les primeres conquestes sobre territoris tradicionalment agraris.

Iñaki Martín Viso («Prácticas locales de la fiscalidad en el reino visigodo de Toledo», p. 72-85) dibuixa la realitat fiscal prèvia a al-Andalus. Proposa que el regnes germànics no haurien mantingut el sistema fiscal romà, fet que hauria afavorit les classes dominants locals, vinculables a l'Església en contextos urbans i militaritzades en regions rurals; relaciona, per exemple, la gran quantitat d'encunyacions diferents al nord-oest peninsular a iniciativa d'aquestes aristocràcies locals.

Per tal de contextualitzar els processos peninsulars posteriors a la conquesta, Michele Campopiano («L'administration des impôts en Irak et Iran de la fin de l'époque sassanide à la crise du califat abbaside (VI^e-X^e siècles)», p. 17-27) presenta un cas d'estudi territorial amb una problemàtica equiparable a l'andalusí, com és la d'intentar destriar si la conquesta islàmica de l'Iraq i l'Iran va comportar la imposició de noves pràctiques fiscals. Així doncs, inicia la seva anàlisi al període sassànida per a establir una comparativa sobre l'administració dels impostos abans i després de la conquesta. S'hi observa com l'impost sobre la terra no experimenta grans canvis en un moment inicial, si bé en la forma nominal del *kharaj*. Amb el temps, però, les dinàmiques de conflicte entre les classes dominants centrals i regionals provocà la pèrdua del control fiscal sobre diversos elements, com ara els sistemes d'irrigació.

Tant José Avelino Gutiérrez («Poblamiento de los siglos VII-VIII y conquista musulmana del antiguo *Conventus Asturum*», p. 102-121) com Phillipe Sénac («Au nord d'al-Andalus: la conquête de la Narbonnaise et de la Tarraconaise (VIII^e siècle)», p. 122-132) aporten exemples territorials de les conseqüències de la conquesta. Gutiérrez centra la seva aportació en les dades arqueològiques sobre la regió del nord peninsular i estableix una comparativa entre les característiques del poblament d'època visigoda i les novetats que comporta la creació d'al-Andalus, com són l'establiment de guarnicions militars o la configuració i la defensa de vies de comunicació. Ph. Sénac, per la seva banda, es concentra en les evidències arqueològiques de la conquesta al nord d'al-Andalus. Especialment rellevant és la dimensió material de la pràctica fiscal evidenciada al jaciment de la ciutat romanovisigoda de *Ruscino*, on s'han pogut recuperar desenes de segells de plom que confirmen el repartiment del botí obtingut a Narbona i la retenció d'una part per l'Estat.

Mercè Viladrich («La transferencia de términos fiscales islámicos de oriente a occidente: *tasq* y *taschal/tasca* en Catalunya Vella y Septimania durante la primera organización emiral omeya», p. 43-55) centra la seva atenció en una càrrega fiscal coneguda als territoris catalans, la *tasca*. A través de l'estudi de les fonts orientals i àrabs, proposa que l'Estat

islàmic, que hauria hagut d'instaurar de bell nou un sistema fiscal central molt minvat als últims moments del regne visigot, hauria importat impostos orientals a al-Andalus, com el *ṭasq* que l'Imperi omeia havia aplicat a l'Iraq. El posterior avenç franc hauria mantingut la *tascha* intercanviant-ne el destinatari, que ja no seria un estat tributari, sinó les classes dominants rendistes d'un sistema feudal.

Al seu torn, un dels editors, Ernesto Pastor, en col·laboració amb Jesús Lorenzo («Dominando territorios, imponiendo medidas: de Banbalûna a Baršilûna», p. 56-71) posen de manifest algunes de les primeres pràctiques fiscals als nous territoris conquerits, amb exemples egipcis i andalusins, entre les quals destaca la realització de censos periòdics. Aprofundeixen més tard en les noves mesures de còmput que s'han de vincular al sistema fiscal andalusí: unitats de pes, volum, moneda... que perduren, en molts casos, fins després de la conquesta feudal dels territoris del nord d'al-Andalus.

Amb l'altre editor d'aquest llibre, Xavier Ballestín («Consideraciones acerca del término árabe *balāt*, su equivalencia con la voz latina *palatium* y su presencia en las fuentes andalusíes, magrebíes y orientales», p. 28-42) s'inicia una de les temàtiques centrals d'aquest volum: la de la forma *balāt/palatium*/palau. En aquest article es fa un buidatge de les fonts àrabs per tal d'observar com aquest concepte dista de ser unívoc i clar, atès que el seu significat varia segons el context. Sempre, però, fa referència a un element propi de la classe dominant: un palau, un edifici amb pati pavimentat i porticat o una calçada. Ramon Martí («El *palatium* rural, una institución fiscal del siglo VIII», p. 133-148) reprèn una hipòtesi ja plantejada temps enrere i caracteritza els palaus que apareixen a la documentació com el reflex toponímic d'una propietat rural de titularitat estatal vinculada al procés de conquesta. Els *balāt(s)*, doncs, serien la part del botí immoble que es reservaria l'estat com a suposat gestor de la comunitat de creients.

Seguint aquesta teoria, Jordi Gibert («De Guissona a Magalona: consideracions a l'entorn del topònim *palatium* en els extrems de la seva dispersió en terres de la Tarraconesa oriental i la Septimània», p. 160-181) fa un buidatge documental general per a ubicar geogràficament les mencions a palaus rurals a la Septimània i la Tarraconesa oriental. Al seu parer, aquestes mencions toponímiques representen un bloc homogeni respecte d'altres regions peninsulars i franques. Després de la conquesta franca, però, els palaus semblen haver perdut vigència, atès que donen nom a altres entitats territorials, com vil·les o alous, fet que denotaria un origen anterior.

De manera més concreta, Cristian Folch («Els *palatia* dels territoris del nord-est de Catalunya: indicis toponímics de la primera organització fiscal islàmica», p. 149-159) analitza exhaustivament els palaus dels territoris del nord-est de la Tarraconesa, on presenta un llistat de totes les mencions documentals fins al segle XIII. En el mateix sentit, Joan Soler i Vicenç Ruiz («Els palaus periurbans de Terrassa. Una xarxa fiscal andalusina al voltant de la seu d'Ègara», p. 205) presenten els palaus que envolten l'antiga seu episcopal d'*Egara*, on algun dels casos es pot vincular a un jaciment tardoantic i altmedieval.

Arqueològicament, aquests palaus encara no presentarien una coherència material evident, com plantegen Jordi Roig i Joan Manuel Coll («Los *palatia* altomedievales del

Vallès (siglos x-xi): la aportación de la arqueología», p. 223-258), que aporten dades de diverses intervencions realitzades en jaciments que s'han pogut vincular al topònim *pala-tium*, sense que els resultats puguin caracteritzar clarament aquests establiments més enllà d'ocupacions a l'alta edat mitjana. Al seu torn, Carme Alòs i Eva Solanes («El jaciment arqueològic de Palous (Camarasa, la Noguera). Dades sobre el poblament hispano-visigot al mig Segre», p. 211-222) exposen les dades provinents de la necròpolis i el jaciment de Palous, a Camarasa. Destaca la presència, entre l'aixovar d'una de les tombes, d'una sive-lla liriforme i una eina d'adobador, ambdós objectes amb paral·lels clars al jaciment del Bovalar, destruït i abandonat al llarg del segle VIII. Complementen aquests resultats amb un estudi dels jaciments vinculables al període visigot a la regió del Segre. A l'últim, Luis Caballero y Francisco J. Moreno («Balatalmelc, Santa María de Melque. Un monasterio del siglo VIII en territorio toledano», p. 182-204) presenten el famós conjunt arqueològic de Santa María de Melque, que vinculen a un monestir construït amb posterioritat a la conquesta islàmica i que al segle XII apareix identificat com un *balāṭ*.

Finalment, i per tal de comparar les pràctiques fiscals dels primers temps d'al-Andalus amb d'altres de properes geogràficament i temporal, Juan José Larrea («Medir en mansos: tres notas sobre la fiscalidad carolíngia», p. 86-102) centra el seu estudi en el *mansus* com a unitat de mesura dins de l'Estat carolingi i en les seves implicacions fiscals dins de la clàssica propietat bipartida. Al mateix temps, tracta també la qüestió dels impostos carolingis, emfatitzant els diferents consensos i divergències entre els historiadors.

Aquest llibre, doncs, apareix amb l'ambició l'objectiu d'assentar les bases per a una recerca interdisciplinària sobre la primera fiscalitat andalusina, que si bé interessa especialment als investigadors de l'Estat islàmic peninsular, també pot ser de gran utilitat per a tots aquells historiadors que treballin societats que presenten grans transformacions polítiques i econòmiques, perquè, com hem dit a l'inici, tots els estats necessiten d'una fiscalitat que aporti ingressos amb què afrontar les seves despeses, alhora que permet a les classes dominants de continuar acaparant l'excedent productiu.

Xavier Gonzalo Arango